

TERROR EN ESCARLATA

ADA CORETTI

Ella estaba ya, inevitablemente, inapelablemente, en poder de su asesino. Se quedaría sin saber quién era. Sólo supo, al levantar los brazos y adelantar las manos, que llevaba el rostro cubierto con un pasamontañas de lana.

No pudo hacer nada por impedir que el afilado puñal, cuya punta le heló la piel y la sangre a un mismo tiempo, traspasara su epidermis, rasgara su carne y se alojara entre su cálida y temblorosa carne, muy cerca del corazón. No, no era el corazón, porque ella seguía viviendo y nadie vive con el corazón partido.

Pero el asesino, pródigo en la maldad de sus instintos, no tuvo el menor inconveniente en repetir el golpe.

Y esta vez sí dio donde quería dar…

Notó que la vida se le iba del cuerpo, que los latidos se le apagaban dentro del corazón, que su mente se perdía en la nada… En la nada, que no es otra cosa que la muerte. Era el final. Adiós vida…



Ada Coretti

Terror en escarlata

Bolsilibros: Selección Terror - 182

ePub r1.0
xico_weno 19.10.17

Título original: *Terror en escarlata*
Ada Coretti, 1976
Ilustraciones: Desilo

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

CUANDO CORNEL Adder subió a aquel autocar de línea y se sentó junto a la ventanilla, nunca pudo imaginar que el asiento de enfrente, cara al suyo, pudiera ocuparlo una mujer tan de campeonato como aquélla.

Cornel Adder era joven, atractivo y simpático cuando quería. Las mujeres se lo rifaban, ésta es la verdad. Con su metro ochenta y tantos, la anchura de sus espaldas y su mirada de perdonavidas, solía impresionarlas sin necesidad de más. Circunstancia de la que él solía aprovecharse, porque en la vida le gustaban muchas cosas, pero ninguna, que conste, tanto como las mujeres bonitas.

Por ello, tuvo forzosamente que gustarle aquella pelirroja, que se colocó en el asiento de delante, de exuberante anatomía, que apenas se puso allí, cruzó las piernas.

Había oscurecido hacía ya rato y la niebla se había adueñado del ambiente. Una niebla pegajosa, hecha jirones, que a ratos no permitía ver a más de dos metros de distancia.

El terreno, a ambos lados de la estrecha carretera, era árido, hostil. Parecía todo aquello, pues, el panorama idóneo para una película de esas que empiezan con un grito de terror…

Pero aquel viaje empezaba con una pelirroja impresionante. Una diferencia digna de tenerse en cuenta.

Aunque no todo en el interior del autocar siguió siendo agradable. Subieron tres pasajeros. ¡Y los tres eran ciegos!

Pero no ciegos porque carecieran de vista. ¡Ciegos porque carecían de ojos! Sus cuencas se hallaban vacías, huecas. Cuando entreabrían los párpados, sólo se veía una concavidad oscura, negra, como un pozo siniestro carente de vida.

¿Cómo era posible que, los tres, padecieran el mismo mal? Además, ¿qué mal era aquél? Daba escalofríos…

Pero Cornel Adder no quiso pensar más en lo que podía o no

podía haberles sucedido a tales sujetos. ¿No tenía delante una mujer como aquélla, capaz de entusiasmar al más frío? ¡Y él de frío no tenía nada, lo que se dice nada…! Palabra.

—Vaya niebla, ¿eh? —comentó, para empezar a entablar conversación y sonrió a la bella pasajera.

—Me da mala espina… —dijo ella, con un mohín de recelo, de desconfianza.

—¿Mala espina? —preguntó Cornel.

—Esto huele a otra desgracia —repuso la pelirroja—. A una nueva desgracia…

—¿Cómo dice? —A pesar de no ser un hombre nada impresionable, aquella respuesta no le había sentado nada bien.

—¿No va usted a Barren-Rotts? —preguntó esta vez la llamativa pelirroja—. Pues a esa localidad costera me refería. Yo también me dirijo allí.

—Iba a pasar de largo —le hizo saber Cornel—. He cogido este autocar, tan sólo para enlazar con la vía ferroviaria. Se me ha estropeado el coche.

—Si no va a Barren-Rotts, le felicito. Últimamente no es un lugar nada agradable.

—¿No…? —inquirió, para inducirla a seguir hablando.

Cornel Adder era curioso. Le gustaba husmear por todas partes y meter las narices donde nadie se lo pedía. Claro, se le notaba la profesión, periodista…

—Cada dos por tres —explicó la pelirroja— alguien pierde los ojos entre las plantas movibles, monstruosamente vivas y voraces, que hay en el fondo del acantilado, donde se asegura que debe hallarse el tesoro… ¿Ve a ésos? —Bajando la voz, indicó a los tres pasajeros, situados más allá, en el vehículo—. Los tres perdieron los ojos, como le digo.

—Es horrible —dijo Cornel— tanto, que cuesta creerlo… ¿Y qué tesoro es ése? —inquirió seguidamente.

—Un cofre repleto de monedas de oro, que se dice echó al mar, hace muchos años, un viejo noble, apellidado Wettersson, cuya mansión se alza aún sobre la colina que domina Barren-Rotts.

—¿Y por qué lo echó al mar?

—Porque estaba mal de la cabeza. Dicen que a los componentes de esa familia no termina de funcionarles bien el último piso.

—¿Y desde entonces, hasta ahora, nadie ha conseguido dar con ese oro? Resulta un poco extraño, ¿no cree?

—Hasta ahora, según dicen, nadie sabía el lugar exacto en que el cofre fue tragado por las aguas. Ahora sí se sabe… Se encontraron unos planos, que lo indican claramente… Aunque nadie ha visto esos planos o por lo menos, nadie dice haberlos visto…

—¿Y usted vive en esa localidad?

—No, no. Pero tengo una casa, rodeada de bastante terreno, y quisiera venderla. La heredé de un familiar, ¿sabe?

—Comprendo.

—No, usted no puede comprender mi empeño en vender la casa cuanto antes. Para hacerse cargo de eso, antes tendría que conocer Barren-Rotts. Allí no se respira. Es como si faltara el oxígeno. Una sensación muy desagradable, se lo aseguro.

—La creo —dijo sonriendo. Decidido a ir a lo suyo—. Yo siempre creo a las mujeres guapas. Bueno, usted es más que eso, es superguapa. ¿Cómo se llama?

Viendo la admiración con que Cornel Adder la miraba, ella a su vez, sonrió. Si estaba preocupada por algo, se le pasó de pronto.

—Bárbara.

—¿Soltera o casada?

—Soltera. No termino de encontrar el hombre rico que busco. ¿Usted lo es?

—¿Rico? ¡Oh, no, se lo aseguro! Sólo tengo un pequeño apartamento en una calle estrecha de Londres, un coche a plazos y apenas veinte libras en el bolsillo del pantalón.

—Se le puede perdonar —le miraba insinuante, provocativa. Y sin más—. ¿Entiende usted de propiedades? Podría apearse conmigo y decirme cuánto puedo pedir más o menos por mi casa.

—No entiendo de casas —reconoció Cornel, mirándola de arriba abajo—. Con sinceridad, entiendo mucho más de mujeres…

En aquel momento, el autocar quedó detenido en medio de la carretera. Había una niebla tan tupida, tan densa, que el chófer prefirió detenerse unos segundos. Una medida de prudencia, que era mejor llevar a cabo por el bien de todos.

Precisamente entonces, cuando Bárbara se giraba y miraba hacia el chófer, Cornel Adder vio surgir, junto a su ventanilla, entre la densa niebla que topaba materialmente contra los propios cristales,

y que lo envolvía todo como un velo tupido, el rostro de un hombre de avanzada edad, que tenía una cicatriz en la mejilla derecha. Un rostro en el que se reflejaba un horror inmenso, sin límites; un espanto supremo, sin fronteras; un terror más allá de lo imaginable.

Un rostro que se pegó al cristal de la ventanilla, moviendo los labios en un supremo, absurdo, desesperado y vano esfuerzo por hablar, sin duda para pedir ayuda.

Pero ya era tarde para eso.

Cornel vio surgir, junto a aquel rostro que expresaba un miedo inconmensurable, otro rostro… ¿De hombre? ¿De mujer? No podía saberlo. Iba cubierto con un pasamontañas de lana, de color gris. Un color apropiadísimo para que se diluyera entre la niebla.

De súbito, apareció una mano enguantada. Agarró el cuello del hombre asustado, horrorizado. Una fuerza diabólica, tan dantesca tenía aquella mano, que le bastó imprimir allí su presión para que el hombre quedara como clavado en el suelo, totalmente inmovilizado.

La otra mano también apareció, dejando ver entre sus dedos un puñal…

Y el puñal fue directo a los ojos del hombre. Primero al derecho. Luego al izquierdo. Dos punzadas rápidas, veloces, escalofriantes. Los dos ojos saltaron de sus órbitas…

El hombre no gritó. La mano que sujetaba fuertemente su cuello, se lo impidió.

Antes de darse cuenta de lo sucedido, pues todo aquello fue, en realidad, cosa de brevísimos segundos, Cornel vio aparecer dos chorros de sangre de aquellos dos espeluznantes agujeros…

Ya para entonces, el autocar arrancaba de nuevo. Y Bárbara, vuelta de nuevo hacia él, sonreía y decía:

—Menos mal que seguimos…

—¡Pare! ¡Pare ahora mismo! —exclamó Cornel, dirigiéndose al chófer—. ¡Han vaciado los ojos a un hombre! ¡Con un puñal…!

—¿Qué dice usted? —preguntó el chófer, habiendo detenido ya el vehículo—. ¿Qué disparate es ése…?

—Acabo de verlo. Pocos metros más atrás…

Cornel se apresuró a bajar del autocar, y a dirigirse al lugar en que se había producido aquel terrorífico suceso.

Pero allí no había nadie. Ni tampoco había manchas de sangre.

Nada de nada.

Como si lo sucedido acabara de soñarlo.

—¿Ve usted…? —protestó el chófer—. Aquí no ha pasado nada. ¡Qué manera de hacerme perder el tiempo!

—Sí, ya veo —repuso Cornel, que prefirió no insistir—. Aquí no ha pasado nada. Disculpen.

De nuevo en su asiento, vio que algo iba resbalando por el cristal. Era una masa pegajosa, húmeda, viscosa… ¡Era uno de los ojos de la víctima! Al saltar de la órbita correspondiente, fue a pegarse contra el cristal.

Pero Cornel, con serenidad, sin alterarse, prefirió dejar que el ojo fuera descendiendo, resbalando, y que acabara por desaparecer del cristal. No quiso asustar a la guapa Bárbara.

De todos modos, lo había decidió ya.

Él también se apearía en Barren-Rotts.

* * *

Sólo faltaba un kilómetro para llegar, quizá ni eso, así que enseguida estuvieron allí.

La parada, no obstante, se efectuaba frente a una vieja posada. De allí a la localidad propiamente dicha, había aún un buen trecho.

Por eso, y debido a la tenaz persistencia de la niebla, todos los ocupantes del autocar, optaron por pernoctar allí durante aquella noche. Al día siguiente, todo sería distinto.

Pero la guapa Bárbara se desentendió de Cornel Adder, porque se encontró, según le dijo, con un antiguo e inestimable amigo. Se trataba de un hombre alto, de mediana edad, vestido con suma elegancia.

Por su parte, Cornel se dijo que se le había estropeado el plan… Cuando mejor parecía tenerlo…

Sin embargo, la verdad es que no había de lamentarlo demasiado. Es decir, ya no lo lamentó en absoluto así que reparó en la joven rubia, de ojos azules, sencillamente encantadora, que medio lloraba en una mesa apartada.

—¿Puedo ayudarle en algo? —Se había acercado a ella, con absoluta naturalidad.

—No… —Levantó hacia él sus bonitos ojos—. Gracias de todos modos.

—¿Le sucede algo malo? —preguntó.

—Estoy llorando, ¿no?

—Sí, ya veo. No, no debe tratarse de nada bueno —se disculpó. Y acercando una silla y sentándose en su misma mesa—: Ande, cuénteme lo que le sucede. Yo le ayudaré.

Miró nuevamente a aquel tipazo de hombre, que al parecer intentaba darle todos los ánimos que le faltaban. Pensó que le haría bien sincerarse.

—He estado en Barren-Rotts a visitar a mi tía Ágata… Creía que se alegraría de verme, pero ni siquiera me ha dejado entrar en su casa… Me he llevado una desilusión muy grande…

—¿Estaban enfadadas? —preguntó Cornel, para mejor poder aconsejarla.

—En absoluto.

—Pues siendo así, resulta muy extraño… ¿Qué le ha dicho? Porque algo ha tenido que decirle…

—Que no me esperaba, y que era mejor que me marchara por donde había venido.

—¿Es hermana de su padre? ¿O de su madre?

—Esposa de un hermano de mi padre. Pero mi tío murió al poco de casarse con ella, así que la pobre ha vivido siempre muy sola. Por eso yo me imaginaba que se alegraría mucho, de verme…

—Quizá se deba todo —aventuró Cornel— a que no quiere que le suceda nada desagradable.

—No comprendo…

—Me han asegurado que en Barren-Rotts pasan cosas malas… Tal vez sea cierto y su tía Ágata haya pretendido tan sólo eso, preservarla de todo mal. No me extrañaría.

—Sí, es posible… —convino, tras reflexionar unos segundos—. A pesar de sus palabras, en su voz había el mismo cariño de siempre. Pero no, en sus ojos no había cariño… ¡Oh, qué raros, qué extraños eran sus ojos! —gimió de pronto.

—¿De veras? —preguntó Cornel, recordando todo lo sucedido con anterioridad.

—Eran fríos como un trozo de hielo.

—Si quieres —le propuso Cornel, e inició el tuteo— mañana vamos juntos a casa de tu tía. Así averiguarás lo que hay o no de cierto en todas nuestras suposiciones de ahora.

—Si vuelvo, se enfadará…

—O se alegrará —dijo Cornel—. Piensa en lo que te he dicho, quizá lo haya hecho por tu bien.

—Bueno —accedió la joven, finalmente—. Por intentarlo, no pierdo nada. Gracias.

—Yo me llamo Cornel. ¿Y tú?

—Verónica.

—Cenaremos juntos, ¿te parece? —le propuso.

—¿Y la pelirroja? —preguntó, echándole una ojeada, y viendo que seguía hablando con el hombre de mediana edad, elegantemente vestido. Y correspondiendo a su tuteo—. Has venido con ella.

—Hemos venido en el mismo autocar —especificó—. Sólo eso. No es lo que pareces imaginarte.

—Pero ella te miraba con agrado…

—Ahora está bien acompañada.

—Pues nada, acepto tu compañía —y sonrió, ya sin lágrimas, en sus bonitos ojos.

CAPÍTULO II

AL día siguiente, Bárbara fue la primera en dejar la posada. Se marchó en el coche de su antiguo e inestimable amigo. Antes de irse, no obstante, dijo a Cornel:

—Ya nos veremos.

Cornel Adder pudo, pues, dedicarse exclusivamente a Verónica. A esa joven rubia, de ojos azules, encantadora, que había conocido el día antes. Por cuya causa, se lo estaba temiendo, no había dormido del todo bien aquella noche.

Ya en Barren-Rotts, se dio cuenta de lo poco acogedor que, en efecto, resultaba todo aquello. Era más grande de lo que se había imaginado, eso sí. Pero las casas, de planta y un piso por lo regular, se alineaban o se aglomeraban sin excesiva simetría, mostrando todas sus paredes manchadas por la humedad. En cuanto a las calles no estaban demasiado bien arregladas y los baches eran frecuentes. Y todo ello, bajo un cielo oscuro, plomizo, que permitía a la niebla enseñorearse de la localidad. Desde el mismo mar hasta más allá de donde se alzaba la colina.

Sin embargo, según oyeron decir, resultaba atrayente, en los días claros, ver la colina al sur de Barren-Rotts, y a su regia mansión, que a pesar de los años aún mantenía toda la arrogancia de otros tiempos.

—Pulsa el timbre… —Cornel le animó a hacerlo.

Verónica se decidió.

Al poco, la puerta se entreabría.

Tía Ágata no tendría más de cuarenta años, y poseía una figura esbelta, agradable. Su fisonomía tampoco estaba nada mal.

—¿Quién es? —preguntó.

Verónica se quedó sorprendida de la pregunta.

—Soy yo, tía… —balbuceó—. He vuelto porque…

—¿No te he dicho que te fueras por donde habías venido? ¡Pues

obedece! —Y se dispuso a cerrar la puerta, sin más contemplaciones.

Pero Cornel, que estaba a dos pasos de allí, los adelantó de un brinco y colocó un pie en el quicio de la puerta.

Ésta, por tanto, no pudo ser cerrada.

—¡Quita el pie, Verónica! —exigió tía Ágata—. No me obligues a repetírtelo. Estoy en mi derecho a…

—No soy yo —dijo Verónica—. Es un joven que me acompaña. Se llama Cornel.

—Y usted, ¿cómo se permite…? —se indignó tía Ágata, endureciendo la voz.

—Señora —dijo Cornel—, permítale a su sobrina que la ayude y permítamelo también a mí… Usted necesita de nosotros. Verónica puede que aún no se haya dado cuenta, pero yo sí… Usted está ciega… Sus ojos son de cristal, de vidrio, falsos…

Tía Ágata se echó a llorar. Del modo más desgarrador y desesperado del mundo.

—¡Tía! —exclamó Verónica, y la abrazó muy fuerte. Y luego—: ¿Qué te ha sucedido? ¡Por Dios!

—Pasa, Verónica —dijo, cuando estuvo ya más calmada—. Pase usted también, joven… Y discúlpenme, se lo ruego… —Ya lo tres en el interior de la casa, tía Ágata tanteaba las paredes para orientarse con más facilidad—. Aquí es el comedor. Siéntate, Verónica… Y usted también… ¿Quiere tomar algo, joven?

—No se moleste, señora.

—Si no es molestia… Le serviré un *whisky*… —Al poco se lo ofrecía, con una mano que temblaba ostensiblemente.

Poco después, había de explicar lo que le había sucedido. Pero quiso empezar por el principio, para que le entendieran mejor.

—En la taberna que hay a unos cien metros de aquí oí hablar por primera vez de los planos que habían aparecido, aunque nadie sabía decir dónde… Me refiero a los planos de un fastuoso tesoro, que arrojó al mar, hace muchos años, el bisabuelo del actual propietario de la mansión de la colina… Por lo menos, eso dicen… Yo, con sinceridad, nunca había creído en esa leyenda… Pero todos los hombres de por aquí, empezaron a enardecerse tanto con la idea de encontrar el cofre… Se trata de un cofre lleno de monedas de oro.

Se detuvo para respirar.

—El primero que intentó dar con esa fortuna, fue un tal Robert, un muchacho que hacía apenas dos años que se había casado. Lo hizo sin decir nada a nadie, queriendo para él solo lo que pudiera encontrar. Pero al hallarse en el acantilado, en el fondo del mar, vio que allí había unas extrañas y a la vez enormes plantas… Creyó, no obstante, que eso carecía de importancia y siguió buscando, buceando… Sin embargo, las plantas se movían, estaban llenas de vida, y le sujetaron inexorablemente entre sus ramas… Pensó entonces, horrorizado, que al no poder subir a la superficie, iba a morir ahogado… Pero esas plantas movibles, vivas, monstruosamente voraces, se conformaron con sus ojos… Esas plantas no tienen bocado más apetitoso, por lo visto, que los ojos de los seres humanos…

—¡Eso no es posible! —exclamó Cornel Adder, que creyó que estaba oyendo un cuento de brujería.

—Es lo que yo pensé, cuando Robert me explicó lo que le había sucedido —siguió diciendo tía Ágata—. No, ni a pesar de verle sin ojos le creí… Supuse que se inventaba esa historia… El segundo caso —añadió— fue un tal Maximiliano, un hombre que tiene a su esposa paralítica. En fin, fueron varios los que intentaron dar con el cofre y todos…, ¡todos!, regresaron ciegos, sin ojos…

Esta vez, Cornel no le interrumpió. Tampoco su sobrina, que estaba demasiado impresionada con aquel relato.

—Aun así, yo no les creía. Ni a Robert, ni a Maximiliano, a ninguno. ¡No, no podía creerles! Y aquí estuvo mi gran error, porque se me ocurrió buscar por mi cuenta, pensando que, bien mirado, intentándolo no podía perder nada. Yo siempre he sabido nadar muy bien, no sé si tus padres, Verónica, te lo han dicho alguna vez.

—Sí, tía —asintió la muchacha—. Sé que eres una gran nadadora.

—Y lo sigo siendo —dijo tía Ágata—, a pesar de que ya no soy tan joven. Por lo que me decidí a buscar el tesoro. Pero ¿qué me sucedió…? —Un violento escalofrío agitó su cuerpo—. Pues lo mismo que a los otros… A esos otros a los que yo no había creído… Ya en el acantilado, junto a la arena del fondo, aparecieron ante mí las plantas extrañas, enormes, espeluznantemente vivas, y me

hicieron su presa antes de que me fuera dado huir…

Otro estremecimiento recorrió su cuerpo. Éste fue como una horrible sacudida. Luego, prosiguió:

—Me absorbieron, me devoraron los ojos… En breves, aterradores e infernales segundos… Luego me soltaron… Muerta de dolor y de espanto, sólo teniendo la más horrible oscuridad a mi alrededor, salí a flote… Instintivamente, nadé hacia la orilla… Oí que alguien pasaba y llamé con todas mis fuerzas… Vinieron a ayudarme… Yo gritaba como una loca, sangrando continuamente por mis cuencas vacías…

Sus últimas palabras no habían sido más que un jadeo. Un atroz y pavoroso jadeo.

—Es horrible… —musitó Verónica, casi sin voz.

—Sí, lo es —corroboró Cornel, convencido de que ahora, al término del escalofriante relato, no cabía en realidad otra respuesta.

—No quería que supieras lo que me había sucedido, para que no te entristecieras —sollozó tía Ágata—. Por eso te decía que te fueras… Como con mis ojos artificiales, de momento al menos, disimulo bastante bien mi desgracia… No, no porque no tuviera ganas de abrazarte… ¡Imagínate, Verónica!, después de tanto tiempo y en las circunstancias que estoy… ¡Qué mayor alegría que tener a mi lado a un ser querido!

—Tía, prefiero saberlo —la muchacha le abrazó—. Así podré ayudarte. Sola no puedes vivir así…

—Me defiendo, no debes preocuparte por mí. Además —agregó —, le tengo cariño a esta pequeña casa y a todas y cada una de las cosas que contiene. Es aquí donde deseo morir.

—Eres demasiado joven, tía, para pensar en morirte.

—Sin ojos, créeme que me siento como una pobre vieja. De todos modos, me hace feliz sentir tu cariño y saber que voy a tenerte unos días a mi lado. Porque vienes a quedarte conmigo unos días, ¿verdad?

—Sí, tía.

—Y yo vendré a visitarles de vez en cuando —intervino Cornel Adder, sonriente—. Si es usted tan amable, señora, que me autoriza a ello. Y si a ti tampoco te disgusta, Verónica.

—Será un placer recibirle —dijo tía Ágata— cuantas veces venga usted por aquí, que espero que sean muchas.

—Me encantará verte… —añadió la muchacha, con una mirada muy expresiva.

CAPÍTULO III

AL salir de la casa, Cornel Adder sacudió la cabeza para despejar sus ideas, para desaturdirse. Con aquel relato, se había quedado medio tonto.

Pero no tan tonto como para no comprender que en la localidad de Barren-Rotts tenía material para unos buenos e impresionantes reportajes. Seguro que su director se los pagaría muy bien. ¿No le estaba pidiendo siempre temas fuera de lo corriente…?

Pero tendría trabajo, y no poco, lo veía venir, si ciertamente deseaba que toda la verdad saliera a flote. Porque allí, entre aquella niebla desagradable como un mal augurio, la verdad se hallaba muy oculta.

Pero él no era impaciente, aunque sí muy tenaz. Se tomaría el asunto con toda la calma que hiciera falta. De momento, haría como si todo lo visto y oído le pareciera lo más normal y lógico del mundo…

Se había dirigido a la taberna situada a unos cien metros de la casa de tía Ágata, llevando una simple maleta como todo equipaje. Era un establecimiento bastante grande, cuya propietaria era muy gruesa y cuya hija mayor, que se llamaba Anne, era alta y seca, con ojos muy saltones. La hija menor no se parecía en nada a su hermana, pero sí a su madre, y llevaba todas las trazas de imitarla en lo que se refiere a kilos de peso. Pero esta hija no tendría más de veinte años, así que estaba muy apetitosa. Esto por lo menos, opinaba la mayoría de los clientes que frecuentaban el local.

Ella no les hacía caso. Se sabía guapa de cara, tentadora de cuerpo, y decía que esperaba casarse bien, no con los muertos de hambre que iban por allí.

—Ésa por lo menos espera enamorar al señor de Wettersson —se le burló alguien en cierta ocasión.

—Con ése no me casaría yo ni aunque fuera el único varón de la

tierra —explotó ella, poniendo los brazos en jarra—. Los dueños de la mansión de la colina están todos locos. Yo me casaré con un cuerdo.

Allí habían habitaciones por alquilar, y la hija menor de la dueña, Margaret, se dispuso a enseñar a Cornel Adder lo mejor que tenía.

—Sabes de sobra que está todo reservado —intervino su madre, de mal talante—. Nos hemos comprometido, así que…

—¡Oh, sí, es cierto! —se disculpó Margaret—. En este momento no me acordaba. Lo lamento mucho, señor… No, no tenemos libre ni una sola habitación. Nos han telefoneado desde la localidad vecina y las tenemos todas reservadas. Aunque sólo por una noche, señor —se apresuró a decir— por lo que, si le interesa…

—Estoy dispuesto a pagar lo que sea —puntualizó Cornel.

—No queda nada —dijo la tabernera—. A menos que se conforme usted con una destartalada estancia, cargada de muebles viejos donde podríamos echarle un colchón en el suelo…

—Demasiado incómodo —reconoció—. En fin, buscaré por otro lado. Será lo mejor.

Pero en los oídos de la gruesa tabernera, bailoteaba aquello de «estoy dispuesto a pagar lo que sea», así que, matemáticas por delante, se animó a decir:

—Un momento, señor. Tengo una solución. La habitación de mi hija menor está muy bien… Se la arreglaré enseguida. A ella no le importará dormir en cualquier otra parte.

—No es mi intención causar tanto trastorno —dijo Cornel—. Si no tienen nada buenamente disponible, ya buscaré en otro lugar, no se preocupen.

—Por favor, señor —repuso Margaret, mirándole con sumo agrado—, acepte la idea de mi madre. Créame, será un placer tenerle a usted de cliente. Además, mi incomodidad sólo será por una noche. Así que esto vuelva a quedar vacío, yo recuperaré mi habitación y para usted será la mejor de la casa.

Quedaron en eso. Bien mirado, preferible que todo se hubiera arreglado de esa forma tan sencilla. Tal vez, en Barren-Rotts, le hubiera costado dar con algo medianamente aceptable.

Ya solucionado el caso, Cornel Adder pudo, pues, salir a dar una vuelta por los alrededores. Le interesaba sobremanera conocer bien

todo aquello.

Así llegó hasta el acantilado, que se extendía a lo largo de toda la localidad y aún más allá. Desde las rocas, la mirada daba con un escalofriante abismo. Pero entre las rocas, en un determinado lugar, había una gran grieta. Por allí se podía descender…

Cornel, descendió, pero con cuidado, no tenía ganas de romperse la crisma.

Fue a parar a una cala.

Pero allí no había nadie.

La fina arena de la cala. La espuma de las olas. El rumor misterioso del mar. No había más.

Dio media vuelta y regresó. Por la grieta que había entre las rocas, subió poco a poco hasta lo alto del acantilado.

Después se dirigió hacia el otro lado de la localidad, hacia la colina. Una vez allí, pudo ver por primera vez la mansión de los Wettersson. Aparecía entre la niebla como un decorado de impresionante y a la vez alucinante belleza.

Cornel Adder pensó que aquel paseo hubiera resultado mucho más atrayente llevando a su lado a Verónica. Incluso le dieron tentaciones de ir a buscarla.

Sin embargo, reflexionó un poco y llegó a la conclusión de que era demasiado pronto para ir a separarla de su tía. Valía más que esperara al día siguiente.

Así que, se encogió de hombros, sacó un cigarrillo y se puso a fumar.

El día acabaría sin más novedades.

No así la noche.

Luego de cenar, por cierto, mejor de lo que se esperaba, Cornel subió la escalera que conducía a la habitación que le habían destinado. Se cruzó con Margaret, que la bajaba.

—Que duerma a gusto, señor.

—Gracias. Buenas noches.

Al pasar por su lado, Margaret le rozó. Lo hizo a sabiendas, mientras le miraba de una forma que de honesta no tenía nada. Por lo que Cornel dedujo que la muchacha se hubiera sentido a gusto con él. A no ser por su madre, que merodeaba por allí, seguro que se le hubiera metido en la habitación, sin necesidad de pensárselo dos veces.

Cornel recordó a la pelirroja del autocar. Le gustaba mucho más. Era una mujer llamativa, provocativa, de mundo, con la que uno sabía de antemano a qué atenerse. Claro que, puesto a gustarle, la que le gustaba de veras era Verónica. Pero ésta formaba parte de otro plan, forzosamente de otra clase de intenciones. Verónica era una buena chica, saltaba a la vista. Con ella, ciertos juegos, no hubieran estado nada bien.

En fin, valía más que dejara de pensar en las tres.

Ya en su habitación, se desvistió, se tomó una ducha y se echó en la cama. Al poco dormía.

Por lo que respecta a Margaret, se fue a dormir bastante rato después. No pudo hacerlo antes de acabar con los trabajos de la taberna.

Ya en su improvisado dormitorio, se echó sin demasiados melindres sobre el colchón que su madre había echado en el suelo.

Pensó en el forastero, alto, fuerte, viril. Suspiró. Paciencia. No estaba para ella.

En eso, le pareció oír un pequeño ruido. Lo que no le asustó demasiado, pues no sería de extrañar que hubiera por allí algún ratón.

Sin embargo, el sonido se repitió, y entonces, ella hubiera jurado que ese ruido no era el que hace un ratón. Ella entendía de eso.

Se incorporó sobre el colchón, abriendo mucho los ojos. Pero su intento de ver, resultaba vano. La estancia estaba completamente a oscuras y no podía ver absolutamente nada.

Quedó agudizando el oído.

Sentía que las sienes le latían.

El ruido se repitió, pero ya con definida y acusada característica. Eran pasos…

Se dio cuenta de que se había puesto a sudar a borbotones, por toda la superficie de su piel. Como si la totalidad del agua de su cuerpo, de pronto, quisiera salir de su epidermis. También se dio cuenta, de que le latía alocadamente el corazón, como si estuviera presintiendo, ahora que quizá era ya demasiado tarde, que algo horrible iba a sucederle.

En aquel momento, tuvo aún fuerzas para, medio a rastras, medio a gatas, alejarse del colchón. Pero a pesar de la precaución tomada, una mano dura, férrea, no tardó en caerle sobre el cuello.

Clavándole tan demoníacamente los dedos en la garganta, en la yugular, que le resultó imposible gritar. Ni tan siquiera pudo proferir el menor sonido.

Margaret estaba ya, inevitablemente, inapelablemente, en poder de su asesino. Se quedaría sin saber quién era. Sólo supo, al levantar los brazos y adelantar las manos, que llevaba el rostro cubierto con un pasamontañas de lana.

No pudo hacer nada por impedir que el afilado puñal, cuya punta le heló la piel y la sangre a un mismo tiempo, traspasara su epidermis, rasgara su carne y se alojara entre su cálida y temblorosa carne, muy cerca del corazón. No, no era el corazón, porque ella seguía viviendo y nadie vive con el corazón partido.

Pero el asesino, pródigo en la maldad de sus instintos, no tuvo el menor inconveniente en repetir el golpe.

Y esta vez sí dio donde quería dar…

Margaret notó que la vida se le iba del cuerpo, que los latidos se le apagaban dentro del corazón, que su mente se perdía en la nada… En la nada, que no es otra cosa que la muerte. Era el final. Adiós vida…

CAPÍTULO IV

A la mañana siguiente, los gritos de la tabernera, sus alaridos de espanto, de horror, hicieron temblar las paredes de la casa.

Cuando entró allí y vio a su hija menor muerta entre aquel aterrador y horripilante charco de sangre, creyó que perdía la razón.

De los primeros en presentarse fue Cornel Adder. Era ágil de movimientos, ligero de piernas, y en dos zancadas, estuvo ante aquel escenario de horror.

—¡Mi pobre hija! —Lloraba y gritaba la tabernera—. Esto no tiene explicación… Mi hija era muy buena… Mi hija no había hecho nunca mal a nadie…

A Cornel le resultó inevitable pensar.

«Quizá creían que era yo quien dormía sobre este colchón».

Pero se guardó para sí su pensamiento.

Un pensamiento capaz de intranquilizar y desasosegar a cualquiera. Pero a él, no. En absoluto. Ni por asomo. Estaba acostumbrado a meterse en líos gordos.

Pudo, así que llegó el inspector Wilde de la localidad contigua, por cierto no tan pronto como hubiera sido de desear, ponerle al corriente de esas y otras suposiciones suyas. Pero se abstuvo de hacerlo, porque las primicias de aquellos reportajes quería que fueran de su exclusiva pertenencia.

Además, en conclusión, ¿qué hubiera podido contarle? Nada, todo lo que le iba por la cabeza, eran simples deducciones, meras conjeturas. Ni eso, para ser exactos. La verdad es que acababa de llegar a Barren-Rotts y que aún era pronto para hacerse el listo.

En todo caso, ya hablaría más adelante con el inspector Wilde, con aquel hombre menudo, que llevaba lentes de miope, que había sido el encargado de encontrar al asesino de Margaret.

Poco después, Verónica llegaba corriendo a la taberna, muy

entrecortada su respiración. Acababa de enterarse por una vecina de que allí se había cometido un crimen.

—¡Oh, por un momento he temido que pudieras ser tú la víctima! —exclamó la muchacha.

Cornel Adder no pudo menos de sonreír satisfecho y halagado ante el interés que Verónica le demostraba.

Luego, la acompañó hasta la casa de su tía Ágata. Ésta, a su vez, sonrió aliviada al verle sano y salvo.

Al comprobar la simpatía que inspiraba a dicha señora, el joven no quiso desaprovechar la ocasión, y le pidió permiso para, después del almuerzo, llevar a la muchacha a dar un paseo por los alrededores.

—No faltaría más, joven.

—Pasaré a buscarte a las cuatro, ¿te parece? —propuso a la muchacha.

—Perfecto —sonrió ella.

Se despidió de ambas con su máxima simpatía y se dirigió de nuevo a la taberna. Quería husmear un poco por allí. No estaría de más hacerlo, para ver de sacar a flote alguna pista.

Pero antes de llegar allí, se encontró con Bárbara, con la pelirroja del autocar. Llevaba pantalones anchos y un jersey que ceñía muy descaradamente su opulento seno. El cabello, largo, suelto, abundantísimo, le caía por los hombros, sugiriendo por su color la idea de un incendio.

—Hola —le saludó.

—Hola —contestó él.

—Le dije que nos veríamos…

—Ya recuerdo.

—Pues aquí estoy, buscándole…

—¿De veras? —preguntó.

Había decidido no fiarse de nadie. De nadie cuyos pies estuvieran pisando Barren-Rotts. Por si las moscas.

—Y tan de veras… —Le gustaba el hombre, como tal, y no se molestaba en disimularlo—. Quedamos en que iríamos a ver mi casa… ¿Ya lo ha olvidado?

—En absoluto —aseguró él—, pero como le creía con su antiguo e inestimable amigo…

—Si me invita a tomar algo, le explicaré de qué se trataba. Mire,

la taberna está a dos pasos.

—Mejor que me lo explique en otra parte. En la taberna han asesinado a una muchacha.

—¿Asesinado…? —La saliva se le había quedado en la boca, que torció en un súbito gesto de sobresalto.

—Le han clavado dos puñaladas.

—Es horrible… —musitó, y seguía con el mismo gesto en la boca, como si no pudiera recobrarse del sobresalto sufrido.

—Eso digo yo —y mirándola fijamente, con atención—: ¿No sabía nada…?

—No, nada —contestó—. Vengo directamente de mi casa. ¿Quién…, quién ha sido la víctima?

—La hija menor de la tabernera.

—Margaret…

—¿La conocía?

—Sí.

—¿Qué clase de muchacha era…? —inquirió.

Más que nada, para saber lo que respecto a ella opinaba Bárbara. Tenía que ir sacando hilos de aquí y de allá, si quería llegar al carrete que buscaba.

—Le gustaban mucho los hombres.

—¿Eso lo considera un pecado muy gordo…? —preguntó Cornel Adder, malicioso.

—No —sonrió ella—, claro que no, siempre que no se sobrepasen ciertos límites. A mí también me gustan, sobre todo los que pasan del metro ochenta.

—Entonces, forzosamente le tengo que gustar yo. Mido un metro ochenta y cuatro.

—Me gusta, no lo ponga en duda…

—A la recíproca, preciosa…

Allí cerca había un bar, si bien tan pequeño que en su interior apenas cabían un par de mesas. Optaron por ir a ocupar una de ellas. No había nadie. Podrían hablar con cierta tranquilidad.

—A ese amigo mío… —empezó diciendo Bárbara, así que las consumiciones solicitadas les fueron servidas por el hijo del dueño, un chiquillo de apenas doce años, muy delgado, lleno de pecas— hacía varios años que no le veía… Me refiero al señor elegante con el que me encontró casualmente en la fonda, al apearme del

autocar… De jovencita, yo soñaba con ser artista de cine. Él me ayudó lo que pudo, pero yo no tenía vena artística, según me dijeron, y tuve que dejarlo correr. En cuanto a mi amigo, no volví a verle. Tuvo que marcharse, estaba en Londres de paso, y le esperaba la familia, sus obligaciones, usted ya me comprende…

—Sí —dijo Cornel, sin más.

Aquel hombre debía estar casado y cargado de hijos. Se deducía por las palabras de la guapa pelirroja.

—Al encontrarle de nuevo, pensé en limitarme a un simple saludo, convencida de que otra cosa estaría de más. Pero él me dijo que venía de Barren-Rotts, de visitar a un amigo, el señor de Wettersson, y entonces yo pensé que su intervención podía resultarme altamente beneficiosa. Si él me presentaba al señor de Wettersson, yo podía dar con el hombre rico que estoy buscando.

—Ahora la comprendo mejor —intercaló Cornel.

—Así que —prosiguió ella— le pedí que me lo presentara, Sería un favor por el que le quedaría muy reconocida.

—Imagino que no desatendería su ruego.

—No, en absoluto. Ahora bien, en realidad no hubo necesidad de forzar mucho las circunstancias. Así que llegamos en el coche a Barren-Rotts, nos cruzamos con el coche del señor de Wettersson, que se disponía a salir de la localidad. Todo pudo hacerse de un modo perfecto, para que el encuentro pareciera absolutamente normal. Y en fin, esto es todo. Ahora, ya dispongo de tiempo para usted…

—Pero, bueno, ¿cómo fue esa presentación…? —se interesó Cornel—. Tratándose de una mujer tan tentadora como usted, Bárbara, no puedo creer que le fuera mal…

—Peor que mal —reconoció, arrugando el entrecejo—, aunque le confieso que no he perdido las esperanzas. Reconozco, eso sí, que de buenas a primeras quedé un poco decepcionada.

—¿Porque el señor de Wettersson no es el hombre alto, de metro ochenta y pico, que usted hubiera deseado?

—Cuando busco dinero, no busco estatura. Sería demasiado exigir. Si me quedé decepcionada, fue…

—Ya lo sé —dijo Cornel—, todos los Wettersson tienen algo de locos. Eso, al menos, he oído decir.

—Tal vez sí, por lo poco que he podido tratarle… Sin embargo,

no fue eso exactamente lo que me desmoralizó. Lo cierto es —le confesó— que me estaba mirando con gran admiración, cuando pasó por nuestro lado una muchacha rubia, de ojos azules… Creo que es forastera, acababa de llegar…

Se trataría de Verónica. No podía tratarse de nadie más.

—A partir de ese momento —repuso Bárbara— ya no tuvo ojos más que para ella. Se la comía con la mirada de tal forma, que parecía que quisiera engullírsela de un bocado…

—¿Qué más sucedió? —preguntó Cornel.

Estando de por medio Verónica, «todo aquello» le interesaba aún más, y es decir, porque desde el principio «todo aquello» le estaba interesando ya enormemente.

—Eso… —resumió Bárbara—, que yo dejé de estar en primer plano. Comprendiéndolo así, preferí dejar para más adelante mi segundo asalto… Bueno —sonrió—, ¿por qué no hablamos ahora un poco de nosotros dos? Qué, ¿no viene esta tarde a visitar mi casa?

Le hubiera gustado. Pero había dicho a Verónica que pasaría a buscarla. Su cita con la muchacha era para él lo más importante en aquellos momentos.

De todos modos, no era ningún santo. Nunca lo había sido. Además, Bárbara resultaba, qué duda cabe, demasiado insinuante y tentadora como para no acusar el impacto.

—Podría ser esta noche, ¿verdad? —preguntó—. La tarde la tengo ocupada.

—De acuerdo —dijo ella.

—A eso de las nueve, me dejaré caer por allí. Si no me matan antes… —bromeó.

—¡Qué cosas tiene! —protestó Bárbara.

—Si han asesinado a la hija menor de la tabernera, pueden también asesinarme a mí, ¿no le parece? Claro que yo —ironizó— no voy a cruzarme de brazos, si alguien lo intenta. De eso puede estar seguro quien sea —y agregó—: Tanto sea hombre como mujer.

—¿Supone, acaso, que se trata de una mujer? —Se asustó Bárbara.

—Puede tratarse… Un puñal funciona en cualquier mano —dijo Cornel. Luego añadió, queriendo dejar el tema—: Dígame, cuál es su casa…

Bárbara se lo dijo.

—No falte —sonrió seguidamente.

—Delo por hecho —sonrió él a su vez.

* * *

Cuando llegó a la taberna, Cornel Adder se encontró con que el inspector Wilde había averiguado algo importante. Por lo menos era un detalle a considerar, a tener muy en cuenta.

Por la hija mayor de la tabernera, Anne, supo que su hermana Margaret, unos días antes, había acudido a la mansión de la colina. El señor de Wettersson la esperaba.

—¿Qué más puede decirme de eso…? —le preguntó Cornel, así que el inspector se alejó momentáneamente.

—Nada más —dijo ella—. Ya lo he dicho todo.

—Pero ¿cómo sabe que su hermana fue allí? —insistió Cornel, queriendo ver si podía sonsacarle algo más.

—Ella me lo dijo —contestó.

—Pero ¿cómo se lo dijo…? —inquirió Cornel—. ¿Estaba contenta, feliz, se la veía ilusionada?

—No lo sé.

—Tiene que saberlo, mujer… —Machacó.

—Parecía dichosa y asustada a la vez —se decidió a dar su opinión—. Yo diría que más asustada que dichosa.

—Pero fue a la cita.

—Sí.

—¿Qué le explicó al regreso? Algo le explicaría…

—Me dijo que le había contado una historia horrible.

—¿Qué clase de historia? —preguntó.

—La que motiva que todos los Wettersson hayan estado locos hasta ahora… Ahora ya no… Ahora son ya seres normales…

—¿Quién decía eso, su hermana?

—No, no, se lo dijo a ella el propio señor de Wettersson…

Se acercó de nuevo el inspector Wilde, y la conversación quedó interrumpida. Pero Cornel Adder no se lamentó en exceso. Evidentemente la hija mayor de la tabernera, Anne, no tenía nada más que decir. Lo había dicho ya todo.

CAPÍTULO V

CUANDO fue a buscar a Verónica, la niebla seguía pegajosa, espesa, compacta. No parecía indudablemente un día idóneo para salir a pasear.

Pero se trataba en definitiva de estar con la muchacha. Así que, más bueno o más malo, el día no importaba. El detalle resultaba secundario.

—Me gustaría que me acompañaras al acantilado —le dijo Cornel, al poco de haberse reunido con ella.

—Si quieres… —Verónica creyó que, puestos a pasear juntos en una u otra dirección, él había optado por aquélla, simplemente, sin más.

Pero él quiso aclararle el caso.

—Me gustaría bañarme.

—¿Bañarte…? —inquirió ella.

—Hay una grieta, por la que se puede llegar a una pequeña cala. Como ya llevo puesto el bañador…

—¿Qué pretendes? —Al hacerle esta pregunta, la muchacha no pudo evitar que un escalofrío recorriera su columna vertebral—. Sabes de sobra que por ahí están esas plantas…

—En el fondo —especificó.

—Pero si tú te bañas, no es porque te apetezca refrescarte, es para eso, para ir al fondo, para bucear, ¿o me equivoco?

—Eres una chica estupenda. Entiendes las cosas a la primera.

—Pero ¿para qué quieres correr ese riesgo? Es una insensata temeridad, ¿no te das cuenta?

—Me gustará ver qué hay en el fondo.

—Esas plantas horribles, vivas, carnívoras, que devoraron los ojos a mi tía Ágata, y a tantos otros… Es espantoso, aterrador… ¿Y aún se te ocurre decir que quieres…?

—Sí —la había interrumpido—, quiero ver esas plantas. Me

muero de curiosidad. Pero no temas, no me acercaré más de lo prudencial.

—¿Vas a buscar tal vez el tesoro…? —preguntó.

—Si lo encontrara, no me iría nada mal. ¿Sabes lo que haría en tal caso? Te compraría a ti un abrigo de pieles…

—No bromees —se la veía muy preocupada—. Es mala cosa jugar con el peligro. En los juegos, no siempre se gana.

—No te preocupes por mí —la animó—. Todo irá bien, ya lo verás. Anda, ven…

Un rato después, habían descendido ya por aquella grieta. Para lo que habían necesitado redobladas precauciones, pues la niebla no favorecía el empeño de ellos.

Pero ahora ya estaban abajo, sobre la fina arena de la cala.

—Regresaré enseguida —le dijo él, ya en bañador, con el ancho tórax al descubierto, firmes sus piernas, musculosos sus brazos.

—Lo antes posible —rogó ella.

Antes de dirigirse hacia el mar, que permanecía quieto, casi inmóvil, si bien su calma tenía aspecto de falsa, de engañosa, se acercó a la muchacha.

La miró. Llevaba un vestido de color azul claro, con airoso vuelo en la falda. El rubio cabello, lo lucía suelto, aureolándole la bonita cara.

—Verónica… —Él estaba tan tranquilo, como si nada.

—Dime —ella se sentía medio muerta de miedo.

—Con la excusa de que puedo morir entre esas horribles plantas, te pido un beso… No vas a negármelo, ¿verdad?

—No —ella casi lloraba.

La besó largamente en la boca. Demostrándole que tenía práctica en tales menesteres.

Luego dio la vuelta y se fue a vivir aquella aventura… Que ignoraba, en realidad, cuál podía ser. Estaba bajo las aguas. Oculta bajo su superficie.

Verónica se quedó sola, sintiendo un angustioso nudo en la garganta, al ver que él, ya en el agua, hundía la cabeza, levantaba las dos piernas juntas y luego todo él desaparecía.

Sólo entonces, al sentirse completamente sola en medio de la pequeña cala, rodeada de aquella niebla que a trechos se rasgaba como partida por el zarpazo de una fiera, se dio cuenta o mejor

dicho, presintió… que no estaba sola.

Sí, presintió que alguien más estaba allí, pegado a las rocas, escondido en la grieta.

Le dieron ganas de gritar.

Pero no quiso delatarse.

Si gritaba, demostraría que sabía que su enemigo estaba cerca, sin duda al acecho, presto a lanzarse sobre ella al primer descuido que tuviera.

Le dieron tentaciones de quitarse el vestido y de echarse al agua, buscando a Cornel. Con él a su lado, estaría a salvo. Seguro. Aunque permanecieran cerca de aquellas horribles plantas…

Pero se había puesto tan nerviosa, que sabía que no acertaría ni a desabrocharse los botones. Siguió donde estaba, inmóvil, como paralizada.

En eso, de pronto, sintió que alguien se lanzaba sobre ella. Desde luego, no se percató de su acción hasta que sintió aquella espantosa mano enguantada sobre su cuello, hasta que vio relucir siniestramente el puñal entre la densa, niebla…

Se trataba de vivir o de morir.

Sacó todas sus fuerzas, todos sus arrestos.

Se defendió con furia de aquel ser que cubría su rostro con un pasamontañas de color gris.

Gracias a las denodadas fuerzas que consiguió sacar, no supo de dónde, la primera acometida de su enemigo resultó estéril. Ella, no obstante, acabó cayendo hacia atrás, y dándose en la nuca contra las rocas, quedando casi inconsciente.

De ahí que, ahora, estuviera ya en manos de su asesino. Asestarle una puñalada, o dos, o todas las que quisiera, no había de costarle más de breves segundos. Le bastaba proponérselo. Ella ya no podría oponer la menor resistencia.

Pero entonces surgió una silueta…

Era un chicuelo delgado, muy pecoso. Su silueta quedó recortada medio difuminada, a un par de pasos de allí.

El asesino le vio…

Comprendió que había sido testigo de su pelea con la muchacha y que un testigo de esa clase podía ser muy peligroso. Le interesaba eliminarle. Sin demora.

Claro que llevaba el rostro cubierto con el pasamontañas. No

podía saber quién era. Pero por si acaso, por si lo sospechaba, valía más que le quitara de en medio cuanto antes.

A la muchacha la veía medio desvanecida sobre la arena. Ella no le representaba pues ningún problema. De momento al menos.

Avanzó sobre el chicuelo que, sin querer, había sorprendido aquella escena. Un chicuelo al que el miedo le impidió moverse. Siempre sucedía lo mismo. Ante el enigmático y estremecedor pasamontañas, y ante el aterrador y pavoroso puñal que el asesino blandía como un trofeo de victoria, la víctima se inmovilizaba, se quedaba quieta, facilitando el final…

Pero el final, en esta ocasión, no había de llegar tan pronto como el asesino hubiera deseado.

Se abalanzó sobre el chicuelo delgado, muy pecoso, derrumbándole. Entonces, le agarrotó la garganta con su mano izquierda, implacablemente, como hacía siempre. Luego alzó la diestra, con el puñal fuertemente sujeto por el mango.

¡Zas…!, el puñal bajó como un rayo, verdaderamente veloz, incrustándose en el cuerpo humano.

Pero el muchacho, en última instancia, había dado un bote, escurriéndose hacia un lado. Por lo que la afilada hoja, que había medido bien el lugar y las distancias, falló, atravesando una zona no vital.

«Con Margaret me pasó lo mismo… —pensó el asesino—. Bueno, a la segunda, acabaré con éste, como acabé con ella…».

Pero la segunda puñalada también la falló.

Ver la sangre fluir de su propio cuerpo, hizo que el muchacho cobrara fuerzas, y valor. Se rebeló a la desesperada.

Desde el lugar en que había quedado medio desvanecida, Verónica sentía que el horror la vencía. Pero no, no terminaba de saber si aquello sucedía de verdad o si se trataba tan sólo de una espeluznante pesadilla.

¡Zas…!, el puñal había vuelto a bajar con fuerza avasalladora.

Pero tampoco ahora había acertado el golpe.

Repitió.

Una y otra vez.

El muchacho, que seguía rebelándose como podía, era ya un colador. Sangraba espantosamente por todas partes. Ya casi no quedaba lugar indemne.

Finalmente, le asestó una puñalada mortal de necesidad, terrible e implacable, como una inmutable sentencia.

La pobre e inocente víctima, que desde el inicio de la pelea había abierto los ojos espantado, horrorizado, los dejó inmóviles en sus cuencas. Pavorosamente inmóviles.

El asesino, entonces, se volvió hacia Verónica.

Remataría su obra…

CAPÍTULO VI

CORNEL estaba en el fondo del acantilado, buceando, buscando aquellas plantas. La profundidad, allí, resultaba realmente escalofriante.

Ahora las vio. Estaban a pocos metros de él. Eran grandes, con unas ramas que parecían tentáculos de pulpo. No, no veía que se movieran. Tendría que acercarse un poco más.

Así lo hizo, pero con cuidado, dispuesto a retroceder al menor movimiento, o avance, de aquellas extrañas ramas.

Ya allí, muy cerca, vio que las plantas seguían quietas, inmóviles, insensibles a su presencia.

Lo que se imaginaba…

Pero tendría que saberlo de fijo, asegurarse. No había descendido hasta allí para quedarse con dudas.

Así pues, se decidió a desentrañar de una vez aquel misterio. Se llevó la diestra al cinto, extrayendo un cuchillo del cinturón de su bañador. Ya así, armado, dio un impulso a su cuerpo y se fue directamente hacia aquellas plantas, quedando rodeado por sus ramas.

No sintió miedo. No era hombre propenso a sentirlo. Además, sabía que llevaba un buen cuchillo en su mano y que, de ser necesario, sabría utilizarlo con toda la contundencia precisa.

Pero las ramas siguieron estáticas, insensibles ante el roce de su cuerpo. Ya estaba visto. No hacía falta más. Aquellas plantas, de amenazadoras, sólo tenían el aspecto. El aspecto sí, pues semejaban grandes y monstruosos pulpos.

Pero eran unas plantas inofensivas.

A Cornel le hubiera gustado estudiarlas un poco mejor. Sin embargo, de pronto, sintió «algo»… Un algo que se le clavó dentro, haciéndole sentir un frío mortal.

¡Verónica estaba en peligro! ¡Debía acudir inmediatamente en su

ayuda!

Tomó impulso con los pies y salió lanzado hacia arriba, hacia la superficie. Esta vez no se limitaría a respirar, sino que nadaría rápido, a grandes brazadas, hacia la cala.

* * *

Sí, el asesino estaba dispuesto a rematar su obra. Verónica no podía quedar con vida.

Además, la tenía allí mismo, apenas a unos pocos metros, sin sentido. No iba a costarle nada quitarla de en medio.

Pero el asesino miró hacia el mar y vio, entre la niebla hecha jirones, que Cornel Adder salía a la superficie, y empezaba a nadar hacia allí, y optó por huir antes de que fuera tarde. En realidad, ya no podía hacer otra cosa.

Al ver que el asesino se alejaba, que huía por la grieta, Verónica comprendió que estaba salvada y calificó de providencial el retorno de Cornel.

Se puso en pie, aunque aún tambaleante, para recibirle.

—Ha sido horrible —sollozó—. Ha querido matarme… Lo hubiera hecho de no aparecer ese muchacho… Le ha cosido a puñaladas… Luego, al verte a ti, ha huido…

Cuando Cornel se acercó al muchacho asesinado, le reconoció en el acto. Era el hijo del dueño del bar. De aquel bar donde aquella misma mañana, Bárbara y él, ocuparon una mesita y se hicieron servir dos refrescos. De su cuerpo, había manado tanta sangre, que incluso la arena parecía ahora negarse a tragar más. Formaba una gran manera roja alrededor suyo.

—¡Qué espanto…! —barbotó Verónica, estremecida.

Cornel, que ya se había vestido, pasó un brazo por los hombros de la muchacha, atrayéndola hacia sí.

—Ya ha pasado —le dijo—. No tienes por qué preocuparte. Además —añadió—, quiero que te armes de valor, porque voy a necesitar de tus servicios.

—¿Necesitar de mí? —inquirió ella—. ¿Para qué…?

Se lo preguntó casi sin voz. Cornel era demasiado entrometido, bien se lo había demostrado ya. Seguro que quería meterla en algún nuevo lío.

—Es preciso que colabores conmigo —repuso él.

—Pero ¿para qué…? —preguntó la muchacha.

—Para aclarar este asunto —y puntualizó—: Si no eres capaz de hacerlo por mí, hazlo al menos por tu tía Ágata.

—¿Qué tiene mi tía que ver con esto?

—Tu tía está muerta de miedo, de espanto, de horror… ¿Es que no te has dado cuenta? Por eso miente y dice lo mismo que los otros…

—No te entiendo.

—No es cierto que tu tía perdiera los ojos en el fondo del acantilado, presa de esas plantas voraces carnívoras… Esas plantas, de carnívoras, de voraces, no tienen nada… Yo he llegado hasta ellas, acabo de meterme entre sus ramas, y no me ha sucedido nada… De lo que se desprende, lo que me imaginaba, que tanto tu tía, como los otros ciegos, mienten… ¡Mienten!

—Pero ¿por qué han de mentir? —preguntó.

—Ya te lo he dicho, porque ella y los otros están llenos de miedo, de espanto, de horror… —Seguidamente le explicó lo que vio desde la ventanilla del autocar—. Como ahora comprenderás, desde el primer momento no me he creído esa alucinante patraña…

—Y has dicho que llevaba un pasamontañas, cubriéndole el rostro, ¿no es eso?

—Sí, lo mismo que el asesino que tú acabas de ver. A propósito, Verónica, ¿has visto cómo iba vestido?

—No sabría decírtelo exactamente… Me parece que de negro… Sí, una chaqueta negra, y unos pantalones también negros…

—En conclusión —resumió Cornel—, se trata de aclarar este asunto. En principio, claro, no comentarás con nadie lo que hemos hablado, ni siquiera con tu tía. Ha de ser cosa tuya y mía, de nadie más.

—De acuerdo.

Cogidos de la mano, abandonaron la cala. Subieron por la grieta hasta lo alto del acantilado.

Quedaron de acuerdo en no decir que habían estado allí. Así se ahorrarían, sin duda, muchas complicaciones.

—Y ahora, volvamos a la ayuda que necesito de ti —dijo Cornel —. Porque tú eres una chica valiente, valerosa, estoy seguro…

—No lo estés tanto, Cornel. La verdad es que a no ser por ti, me darían ganas de regresar a mi casa a cien por hora.

—Regresarás dentro de unos días, o cuando quieras. Yo te

acompañaré. Pero antes, hemos de lucirnos en esto.

—Bueno —se resignó—, dime de una vez lo que vas a pedirme.

—Pues verás, para mí que aclararíamos mucho la situación si supiéramos quién y cómo es de verdad el señor de Wettersson. Así que, como yo sé que tú le has impresionado muy favorablemente, se trata de que te invite a ir a su mansión.

—¡Oh, no! —protestó ella—. Yo no me atrevo a tanto…

—Te atreverás —dijo Cornel—, porque yo te seguiré los pasos. Si te sucede algo malo, en cualquier sentido, te bastará gritar… Yo estaré alerta y correré en tu ayuda.

—Muy bonito —ironizó.

—Es necesario, ante todo, que el señor de Wettersson te hable de Margaret y que te cuente no sé qué horrible historia… Y es necesario, asimismo, que te mencione el cofre lleno de monedas de oro, que un antepasado suyo arrojó al mar… Y es preciso, también, que veas cómo es aquello por dentro…

—El papel no me va. Por lo demás, para eso tiene que invitarme a ir a su mansión.

—Te invitará. También invitó a Margaret.

—¿Sí…? —Se sobresaltó—. Y luego murió asesinada, de dos puñaladas…

—A ti no te asesinará nadie, pierde cuidado —dijo él—. De eso me encargaré yo.

—¿Estás seguro…? Pues yo, con franqueza, me sentía más segura cuando no te conocía.

—Una muchacha nunca se siente segura —añadió él— cuando acaba de conocer al hombre con el que se va a casar.

—¿Qué…? —inquirió ella, parpadeando.

—Pero antes de casarnos —sonrió él—, hemos de averiguar quién es el asesino.

—¡Qué manera de coaccionar! —A pesar de todo, ella también sonrió. Luego había de bromear—. En fin, me caes bien, no quiero que te vuelvas atrás. Acepto tus condiciones.

CAPÍTULO VII

ENTRABA en la taberna, cuando Cornel Adder reparó en un hombre de avanzada edad, con una cicatriz en la mejilla derecha, que acababa de acercarse a la barra. Había pedido una cerveza.

Tenía los párpados cerrados. Herméticamente cerrados. Como si no pudiera abrirlos.

Pero los abrió, por unos segundos, y entonces aparecieron dos cuencas sin ojos, vacíos, pavorosamente enrojecidos.

Cornel reconoció inmediatamente aquel rostro. Era el mismo que vio a través de los cristales de la ventanilla del autocar. Un rostro que reflejaba un horror inmenso, sin límites; un espanto supremo, sin fronteras; un terror más allá de lo imaginable. El mismo rostro que se pegó al cristal de la ventanilla, moviendo los labios en un supremo, absurdo, desesperado y vano esfuerzo por hablar, sin duda para pedir ayuda.

Cornel llegó a la barra y se acodó allí.

—Le invito yo —dijo, con absoluta naturalidad.

Había que empezar de algún modo la conversación.

—¿Quién es usted? —preguntó el hombre.

—Un forastero —y casi sin transición—: ¿Qué le ha sucedido en los ojos? Si no le molesta mi curiosidad…

—No, no, en absoluto —y agregó—. Las malditas plantas del fondo del acantilado. Caí preso entre sus ramas y me devoraron los ojos, lo mismo que les sucedió a los otros…

—Comprendo —dijo Cornel.

En realidad, la respuesta no le había sorprendido. Antes de oírla, estaba ya convencido de que iba a ser ésa.

—Ya ha oído hablar del tesoro, a pesar de ser usted forastero, ¿verdad? —inquirió el hombre.

—Sí —asintió Cornel.

—No me extraña, aquí, últimamente, no se habla de otra cosa.

Siguieron conversando, aunque no mucho. Cornel Adder pagó ambas consumiciones, se despidió del hombre y se fue un rato a su habitación, que seguía siendo la de la pobre Margaret. Quería estar solo y centrar sus ideas.

Pero dejó éstas a un lado, cuando consultó su reloj y vio que se acercaba la hora de hacer a Bárbara la visita ofrecida.

Quiso presentarse bien, y se afeitó. Pero no se decidió a ponerse corbata. Se sentía mejor y más cómodo con su acostumbrado atuendo, pantalones claros y jersey oscuro, de cuello alto.

En aquel momento, llamaron a la puerta. La hija mayor de la tabernera, Anne, siempre con sus ojos muy abiertos, muy saltones, le tendió un sobre, cerrado.

—Lo han traído para usted —le dijo.

—Gracias.

Esperó a que se marchara. Luego rasgó el sobre y desdobló el papel que contenía. No se imaginaba de qué podía tratarse, por lo que levantaba una ceja en actitud expectante. Leyó.

«El señor de Wettersson vendrá a buscarme en su coche a las ocho y media. Me llevará directo a su mansión, que desea fervientemente que conozca.

»Verónica».

—¡Estupendo! —exclamó Cornel, viendo la maña que la muchacha se había dado por secundar sus planes.

Ya no le pareció tan estupendo, cuando cayó en la cuenta de que, la hora que le daba Verónica, coincidía con la de Bárbara, la llamativa e insinuante pelirroja.

Pero la contrariedad le duró poco.

Lo importante era eso… Para ir con la pelirroja, ya habría tiempo y ocasión.

* * *

Cuando el coche del señor de Wettersson llegó a lo alto de la colina, Cornel Adder, claro está, ya estaba allí.

Al apearse junto al gran portalón de entrada, Verónica miró a su alrededor. Con discreción, por descontado, para no levantar las sospechas de su solícito admirador.

Un admirador soltero, de unos treinta y cinco años. De mediana estatura, delgado, cuyo rostro no hubiera sido más pálido, más blanco, si a sus venas le hubieran quitado toda la sangre que

pudiera ir por ellas. Un rostro donde brillaban como ascuas sus ojos oscuros.

Verónica vio una silueta tras unos cercanos matorrales y comprendió que era Cornel Adder quien estaba allí. Respiró más aliviada. Buena falta le estaba haciendo.

Pero su respiración volvió a entrecortarse, así que dio los primeros pasos dentro de aquella mansión.

No fue preciso más, para ver que el polvo y las telarañas lo inundaban todo. Tapices, armaduras, cuadros, muebles, todo sucumbía bajo aquella centenaria capa de polvo y aquellas no menos centenarias cortinas de telarañas.

—¡Oh! —La exclamación se escapó de labios de la muchacha.

—Pase, Verónica —sonrió el señor de Wettersson—. Me gustará que lo conozca todo, todo, todo…

Al recalcar esta última palabra, la muchacha se imaginó una horrible sala de tortura, de tormento, y allí, gritando, gimiendo, agonizando, a desdichados e infelices prisioneros.

Pero se rehízo de su impresión. No estaban en el pasado. Estaban en el presente, en los tiempos de la televisión.

De todos modos, cualquiera tendría que convenir en que una mansión, que por lo visto no había sido barrida ni aseada en muchos, en muchísimos años, no era nada corriente. Ni en el pasado, ni en el presente.

El señor de Wettersson la llevó al gran salón. Una pieza realmente fantástica. Después, la condujo al gran comedor, donde los muebles eran formidables, resultando impresionante la larguísima mesa y la enorme lámpara de bronce. Donde, sin embargo, el polvo y las telarañas seguían enseñoreándose de todo.

Bastaba aquello para comprender que el señor de Wettersson estaba rematadamente loco. Pero el propio interesado lo ignoraba, esto resultaba evidente. Así que lo mejor era seguirle la corriente.

Además, ella estaba allí para averiguar…

—¿Quiere tomar una taza de té? —le ofreció, poco después, el señor de Wettersson—. Le diría a Leopoldo que se la sirviera.

—¿Leopoldo…? —preguntó ella.

—Mi criado —especificó.

—¡Ah!, ¿tiene un criado…? —lo dijo sin querer. Dado el ambiente que la rodeaba, había supuesto que la servidumbre

brillaba por su ausencia—. Sí, claro —intentó rectificar, si bien tartamudeando un poco—, es natural que lo tenga.

—Hace muchos años que me sirve. Es un hombre honrado, fiel, del que puedo fiarme por completo. Sé que jamás dirá lo que yo no quiero que diga.

—¿Se refiere, en cierto modo… —no quiso desaprovechar la ocasión— a ese cofre lleno de monedas de oro que según se dice un antepasado suyo arrojó al mar?

—Tal vez —se limitó a responder.

—Resulta curioso —dijo ella para avivar su locuacidad—, pero yo creía sinceramente que todos esos comentarios eran meras habladurías de la gente.

—¿Sí…? —No parecía dispuesto a hablar.

—Sí. Es más… —agregó, con tono de firmeza, de seguridad en lo que decía— sigo convencida de que el cofre ése no ha existido nunca.

—¡Pues se equivoca! —explotó el señor de Wettersson, que era exactamente lo que la muchacha confiaba que hiciera—. ¡Se equivoca totalmente! El cofre existió… Estaba guardado en el sótano, bajo varios candados de hierro…

—Entonces —ella hizo un gesto incrédulo—. ¿Cómo es que fue a parar, según se afirma, al fondo del mar?

—Mi bisabuelo lo arrojó allí.

—¿De veras…? —inquirió—. Pues resulta difícil de creer. Pero yo le creo, claro, si me lo dice usted.

—Mi bisabuelo nació loco… No pudo en realidad ser de otra manera… Pero para que comprendiera, tendría que explicarle una horrible historia… Y no, no quisiera amargarle la tarde…

—Por favor, no me crea tan susceptible —se esforzó por sonreír— y explíquemelo todo. Le escucharé encantada… Siempre que tenga usted a bien honrarme con su confianza, claro…

—Será un honor para mí —aseguró el señor de Wettersson—. Si tenía reparos en hacerlo, era por temor a causarle una mala impresión.

—Deseche esa idea, se lo ruego.

—Es usted una muchacha encantadora —y con no oculta admiración—: Me parece que como usted no he conocido ninguna… ¡Las otras han sido siempre tan pusilánimes!

—¿Lo dice acaso por Margaret…? —se atrevió a preguntar, aunque temiendo forzar un poco el tema.

—Sí, a ella principalmente me refería —no le había molestado que mencionara a Margaret. Daba la sensación, por lo demás, de ignorar que hubiera sido asesinada—. Vino aquí… Se lo enseñé todo… Incluso le insinué mi deseo de casarme… ¿Qué más podía pedir ella, la hija de una vulgar tabernera? Pues bien, la verdad es que todo esto no le gustó… Decía que sí, que estaba muy bien, pero en la cara se le veía que lo encontraba todo detestable…

—Incomprensible —dijo Verónica, tras carraspear un poquito.

—Después, cuando le expliqué esa historia, se puso a temblar de pies a cabeza. Reconozco que la historia es horrible, pero no es más que mi propio pasado. Un pasado al que yo no puedo volver la cabeza. Además, si en mi familia han estado todos locos, no es menos cierto que yo soy ya un ser completamente normal.

—Esto es lo que cuenta —repuso ella, con expresión de buena fe.

—Me gusta oírle decir esto —sonrió el señor de Wettersson—. ¿Sabe por qué? Desde que la he conocido, he comprendido que he dado con la futura dueña de esta mansión…

—Me ruboriza y me halaga usted, señor de Wettersson. ¡Pero resultan tan precipitadas sus palabras! Bueno —no quiso darle tiempo a añadir nada más en ese sentido—, explíqueme ahora esa historia. Confieso que ha despertado usted mi curiosidad.

—Venga a esta otra estancia, ahí estaremos mejor —se había acercado a una puerta, entreabriéndola. Pero antes había tenido que apartar una telaraña, como quien aparta una cortina—. Pase, por favor…

En esa otra estancia, todo estaba ya limpio, aseado debidamente. Había una biblioteca cuajada de libros, una consola, varios sillones y una mesita, y una gran chimenea.

—Cuando algún amigo me viene a ver —le dijo el señor de Wettersson, a guisa de explicación— le hago entrar por la puerta lateral, que es la que da al ala derecha… Así no pasamos por el vestíbulo, ni por el gran salón, ni por el comedor… Así no ven que todo está igual que hace muchos años, cuando le sucedió aquello a ella… —dijo «ella», pero no aclaró ni especificó a quién se refería—. Mis amigos no comprenderían mi manera de ver las cosas… Usted sí, ¿verdad?

—Por descontado —aseguró Verónica—, pero le comprenderé aún mejor, estoy segura de ello, Cuando conozca el contenido de esa historia…

—Esta estancia pertenece ya al ala derecha —le hizo saber—. A propósito, voy a decir a Leopoldo que nos prepare algo para tomar…

—No se moleste, se lo ruego.

—¡Leopoldo! —llamó.

Pero como sea que el sirviente no le oyera, o por lo menos no le respondiera, el señor de Wettersson salió a buscarle. Antes le dijo a la muchacha, con suave y refinado tono:

—Con su permiso. Regreso enseguida.

Así que Verónica se quedó a solas, vio la calavera… Un poco más y le sale un grito de los labios. Afortunadamente, logró contenerlo.

La calavera estaba en una urna de cristal, sobre la repisa de la chimenea. La calavera abría mucho la boca. Parecía estar riéndose a carcajadas.

CAPÍTULO VIII

—VÁYASE, antes de que sea tarde…

Dio un respingo, girándose sobresaltada.

Vio a un hombre alto, fuerte, de unos cuarenta años, cuyo rostro se hallaba carcomido por unas terribles y virulentas llagas… ¡Había tanta purulencia en aquel rostro, que mirarle y sentir ganas de vomitar, todo era uno! Resultaba inevitable.

—¿Quién es usted…? —preguntó Verónica, conteniendo a duras penas su aprensión.

—Leopoldo.

—El criado del señor de Wettersson…

—Su fiel criado —dijo. Y añadió, rápido—: Y por eso, y porque no deseo que mi amo y señor tenga complicaciones, le aconsejo que se vaya antes de que sea tarde.

—No le entiendo.

—Mi amo y señor está loco.

—No hace falta que me lo diga…

—Si se queda, querrá que usted le demuestre que es más fuerte y valerosa que ella…

De nuevo esa «ella» que no tenía forma, ni perfil. Que aún no era nada ni nadie para la muchacha.

—Pero usted no será capaz de demostrárselo —prosiguió el sirviente— y entonces él montará en cólera, en exasperación, en irascibilidad, y le dirá que merece morir… ¡Y se lo dirá con tal furor en sus ojos, con tal incontrolado frenesí, que usted temerá que lleve a cabo su amenaza! —Y añadió—: Quizá lo haga… Otras veces lo hubiera hecho, de no intervenir yo…

—Me parece que me quiere asustar —dijo ella, con cierto sentido del humor, pero la verdad es que estaba ya terriblemente asustada.

—La quiero ayudar, que no es lo mismo. Una notable diferencia.

Créame, váyase ahora mismo…

Ella pudo preguntarle algo más referente al señor de Wettersson. La ocasión parecía idónea para hacerlo. Sin embargo, optó por preguntarle por aquel rostro horrible que daba la impresión de esta devorado por la lepra.

—¿Qué le sucede en la cara…?

—No me gusta hablar de eso —dijo secamente.

—Supongo que se medica.

—No —la respuesta fue tajante. Luego, más suavemente, agregó —: Esto mío no tiene cura.

—Pero el señor de Wettersson debiera obligarle a visitar a un buen especialista…

—Mi amo y señor —la había interrumpido— está tan loco, que no se da cuenta de lo que me sucede. Lo que bien mirado, me favorece enormemente. Nadie, a no ser un loco, aceptaría a su lado a un sirviente como yo… Bueno, no perdamos más tiempo hablando. Y váyase de aquí antes de… No, ya no está a tiempo —en efecto, se oían pisadas que se acercaban, que estaban ya allí—. Ya viene…

Instantes después aparecía el señor de Wettersson.

—Mi buen Leopoldo, te estaba buscando.

—Dígame, señor.

—Trae una bandeja con pastas y licores, y además una botella de champaña francés. Como verás, tengo visita.

—Enseguida, señor.

Verónica no había conseguido serenarse aunque lo había intentado. Sabía que perder los nervios no podía favorecerla nada.

—¿Quiere que ahora le explique esa historia…? —le preguntó el señor de Wettersson, cuando ya tenían frente a ellos en la pequeña mesita lo anteriormente solicitado al sirviente.

—Claro que sí —sonrió ella.

O quiso hacerlo, mejor dicho. Lo cierto es que se limitó a torcer la boca por un lado.

—Pues bien, todo empezó el día que ella…, ella…, se llamaba Eugenia… Había de ser la madre de mi bisabuelo… —Al poco proseguía—: Pues sí, todo empezó cuando ella le dijo a su padre que se había enamorado de un tal Ramiro. Su padre se negó a la boda, alegando que Ramiro era malo, cruel, perverso, y que a su

lado no podía ser más que una desgraciada. Pero ella insistió y el padre, que la adoraba, terminó accediendo a sus deseos. Y se casaron.

Se interrumpió aquí.

—Sin embargo, Ramiro nunca perdonó al padre de Eugenia el que, en un principio, se negara a aquella unión. Era tanto su odio hacia él, que decidió matarle. Y así lo hizo, cortándole la cabeza con un hacha, mientras dormía. Pero ni aun así desapareció su odio, que muerto el padre, sintió por la hija, por su propia esposa. Sin embargo, dominó lo que sentía, ella era la dueña de todo… Por eso no le gritó, con toda la fuerza de sus pulmones que había sido él quien acabó con la vida de su padre… Pero cierto día, su odio había de poder más que nada… Eso sucedió unos tres años después, cuando, al fin, iban a tener el primer hijo…

Se interrumpió de nuevo.

Verónica sentía la saliva muy espesa.

—Una noche, al acabar de cenar, Ramiro le dijo a su esposa que quería que brindaran por la felicidad que sentían, porque iban a ser padres. «Pero no quiero que bebas en una copa de cristal —le hizo saber—. Yo te traeré otra copa mejor…». Y le trajo la calavera de su padre, metiéndole allí el vino que quería que bebiera.

Otra pausa.

—«Es la cabeza de tu padre —le informó Ramiro, riéndose—. ¿No le querías tanto…? Pues yo te ofrezco este placer… Pero mayor fue el placer mío, al cortarle la cabeza aquella noche… ¡Porque fui yo, entérate de una vez!». Acto seguido, la cogió furiosamente por un brazo, y la obligó a llevar sus labios hacia la calavera… Ella gritaba, sollozaba, gemía, se negaba a beber… Pero Ramiro la obligó a apurar hasta la última gota… Eugenia acabó desvaneciéndose… Poco después, nacía su hijo, mi bisabuelo… Nació loco… Desde entonces —concluyó el señor de Wettersson— todos en mi familia han estado mentalmente enfermos…

—Sí, es una horrible historia —convino la muchacha, al término de la misma.

Pero le parecía más horrible, porque sabía que lo peor para ella estaba aún por llegar. A poco que se pensara en las palabras de Leopoldo, se llegaba fácilmente a esta desagradable deducción.

—Todo aquello fue lamentable —repuso el señor de Wettersson,

tras haberse levantado y dar unos cuantos pasos—. Pero hubiera podido dejar de serlo… Para eso hubiera bastado que ella, Eugenia, fuera una mujer fuerte, valerosa… Pero no lo fue y ella misma pagó las consecuencias de su propia flaqueza… —De súbito, se plantó ante la muchacha, exclamando—: ¡Usted sí se atrevería a beber en la calavera, Verónica! ¡Usted es una gran mujer!

Ella quedó hecha un ovillo en el sillón. Sabía que a tanto, no podría llegar… Los nervios se le estaban soltando.

—Yo… no…

Pero el señor de Wettersson no reparó en sus significativos balbuceos. Se había dirigido a la urna de cristal, sacando de allí la calavera.

Seguidamente, mientras Verónica abría más y más sus ojos, la dejó colocada sobre la pequeña mesita. Sin mediar palabra, descorchó el champaña y vertió allí su dorado líquido.

—Beba… —le dijo—. Brindaremos por nuestra amistad.

—No, no me gusta el champaña… —contestó—. No…, no me… me gusta… otro día…

—¡Beba! —Esta vez fue una orden, mientras la mano de él, como un despiadado garfio de hierro, se le clavaba en el brazo.

—Le he dicho que no…, no me gusta el… el champaña… —balbuceó, y al ver el ventanal abierto, pensó que debía gritar, para que Cornel la oyera.

Sin embargo, supuso que, con un poco de suerte, podría tal vez vadear sola el temporal. Lo intentaría, antes de complicar aún más la situación.

—Ahora que recuerdo —dijo—, se me hace tarde… Me están esperando en otra parte… Mañana volveré y brindaremos juntos por nuestra amistad… Sí, me gustará que brindemos…

—¡Ha de ser ahora! —exclamó el señor de Wettersson, y su mano seguía clavada implacablemente en el brazo de la muchacha —. ¡Ahora mismo! ¡No admito esperas!

La obligó a inclinarse sobre la calavera. Parecía como si se repitiera aquella escena de hacía muchos años.

—¡No! ¡No quiero! —Al llegar a este momento, Verónica se negó rotundamente a obedecer, y gritó fuerte.

Los nervios, aunque a duras penas, la habían sostenido hasta entonces. Mas ya no era posible.

—¿Por qué ha gritado así…? —Por un instante dio la sensación de sospechar que había dado el aviso a alguien.

No llegó la respuesta de la muchacha porque en aquel preciso momento, en el marco del abierto ventanal, se dejó ver la alta silueta de Cornel Adder.

—¿Quién es usted? —inquirió el señor de Wettersson, completamente desconcertado ante aquella presencia totalmente inesperada.

Verónica había lanzado un suspiro de alivio.

—Soy el hermano de Verónica —la respuesta de Cornel surgió con una asombrosa facilidad—. Me han dicho que ha venido a visitarle a usted y estaba esperando que saliera… Como no salía, me he permitido subir por la hiedra que cubre la fachada… Para no molestarles con mi llamada… Espero no haberle sobresaltado…

—No, no… —dijo el señor de Wettersson, cuya cólera había desaparecido ante el desconcierto sufrido.

—Otro día volveremos —aseguró Cornel Adder— y juntos brindaremos por el pasado y por el futuro. Cuente con nuestra promesa.

—Gracias… —musitó el dueño de la casa, con una expresión, ahora, que lo tenía todo de alelada.

Poco después, sin novedades de ninguna índole, salían de la mansión. El propio señor de Wettersson les acompañó gentilmente hasta la puerta, recordándoles su promesa de volver.

Ya a solas, Verónica se puso a llorar. Lo había pasado verdaderamente mal.

Cornel la abrazó, teniéndola un buen rato apretada contra su pecho. Una buena ocasión que no podía pasarse por alto. No hubiera sido él.

—Sabías que yo vigilaba. No tenías por qué asustarte tanto. Ya lo has visto, ¿no?, he acudido en tu ayuda antes de que gritaras… No podía arriesgarme, bajo ningún concepto a que pudiera ocurrirte algo…

—No me imaginaba que ese hombre pudiera estar tan loco. Porque está como una cabra.

—Sí, lo está, evidentemente… —convino Cornel—, a menos que todo haya sido un truco.

—¿Cómo…? —inquirió ella—. ¿Supones que quizá…?

—No supongo nada —aclaró él—, pero tampoco me fío de nadie. Bien mirado, de la cólera que sentía ha pasado a una mansedumbre extraña… Claro que, en un loco, eso tampoco tiene nada de extraordinario… Bueno, explícame lo que has podido sonsacarle…

Verónica se lo refirió todo.

—Yo creo —opinó ella por su cuenta, cuando hubo concluido—, que ese hombre es sólo un pobre demente. Nada más.

—Es posible —admitió Cornel.

CAPÍTULO IX

CORNEL ADDER había llegado a la conclusión de que debía hablar personalmente con alguno de aquellos hombres que habían perdido los ojos en el fondo del acantilado. Por lo menos, así decían ellos que había sucedido.

Posiblemente no conseguiría averiguar nada. Si de común acuerdo habían decidido callar la verdad, no iban, indudablemente, a decírsela a él. A él, menos que a nadie, pues no era más que un forastero al que, aparentemente, ni le iba ni le venía lo que sucediera o pudiera suceder en la localidad de Barren-Rotts.

De todos modos, intentándolo no perdería nada. Y quién sabe, tal vez a alguno de ellos se le escapara una palabra, un pormenor, un detalle, algo que resultara revelador. Eso podía llevarle al camino que buscaba.

Un camino que, en esos instantes, se había oscurecido. Aunque tenía una idea ya esbozada, quizá más que eso, él necesitaba pruebas para poder lanzarse más abiertamente en el asunto. No bastaban conjeturas. Por experiencia, lo sabía.

Preguntó en la taberna, y ya documentado al respecto, fue a hacer las referidas visitas.

Las dos primeras, empero, no le proporcionaron el menor dato. Uno y otro se obstinaban en asegurar que las plantas vivas, carnívoras, les habían devorado los ojos y que por culpa de su ambición se hallaban actualmente en aquellas circunstancias. Que nadie más que ellos eran los culpables, por haber creído en absurdas, fantásticas y falsas leyendas.

A continuación, decidió ir a visitar a Maximiliano. Así se llamaba el hombre cuya esposa estaba paralítica. Quizá con ése todo fuera mejor. Quería suponerlo así.

Al hacer sonar el timbre de la puerta, una puerta situada a ras de suelo, oyó que alguien alzaba la voz. Una voz de hombre, que al

poco decía:

—Abre tú, Doris.

Doris le abrió la puerta. Era la paralítica. Había llegado hasta allí en su sillón de ruedas. Tendría unos treinta años y era morena, con unos ojos impresionantemente negros.

—Soy Cornel Adder, periodista… —se presentó con su mejor sonrisa—. ¿Podría hablar con su marido?

—¿Quién es…? —preguntó el marido desde el interior de la vivienda.

Una vivienda sencilla, modesta.

—Un periodista —gritó Doris.

—¿Qué quiere? —preguntó la voz.

—¿Qué va a querer…? —masculló Doris—. Lo que quieren esos sujetos… Meterse a curiosear por todas partes…

—No es ésa exactamente mi intención, señora —dijo Cornel—. Se trata más bien de mi honesto deseo de ayudar, en lo posible…

—Deje el rollo —le interrumpió—. Pase y hable con mi marido… ¿No ha venido a eso?

—Sí, en efecto.

—Al final del pasillo le encontrará. En el comedor.

—Gracias.

Se adentró en la vivienda. Desde luego, al término de aquel pasillo encontró al hombre sin ojos, con cuencas vacías, huecas, tenebrosamente muertas. Tendría unos treinta y cinco años como máximo. Se le veía muy fuerte.

—No me gusta que me molesten… —adujo hoscamente, y siguió echado en la mecedora, que iba adelante y atrás, de un modo lento y cansino.

—Acabaré enseguida —dijo Cornel—. Sólo venía a preguntarle cómo le sucedió…

—¡Lo mismo que a los otros! —exclamó el hombre—. Exactamente igual. Lo he dicho un centenar de veces.

—Pues siendo así —optó Cornel por sentenciar— un centenar de veces ha mentido usted. Ese cuento de las plantas carnívoras, devoradoras, no es más que eso, un solemne cuento… Yo no me lo trago…

Lo había soltado con tal vehemencia, con tanta fuerza, que el golpe resultó realmente contundente.

Aun así, el hombre no había de amilanarse por ello. En absoluto. Todo aquello era, por lo visto, como un círculo cerrado.

—Será mejor que se vaya, periodista —repuso—. Nuestra conversación ha concluido.

—Si aún no hemos empezado… —dijo Cornel.

—Ya ha concluido —repitió, inflexible—. Buenos días. Ya sabe dónde está la puerta, ¿no? —Y alzando la voz, mientras la mecedora seguía yendo adelante y atrás—: ¡Doris, acompaña al periodista!

Vio que lo mejor era obedecer, y se dispuso a recorrer el pasillo en sentido contrario. Esta vez desde el humilde comedor hasta la puerta de salida.

Ya junto a la puerta, esperándole, estaba Doris con su patético sillón de ruedas. Con unos ojos más impresionantemente oscuros que nunca.

—Oiga… —le dijo Doris, bajando mucho la voz—, yo puedo decirle muchas cosas… Pero él… —indicó hacia donde se hallaba su marido— no debe enterarse. Él tiene miedo, un miedo que le corroe los huesos, y hasta el alma… Yo no lo tengo… Si estoy condenada a permanecer toda mi vida en este sillón, ¿a qué puedo tener miedo ya…? A nada… Créame, a nada…

No le dio tiempo a intercalar palabra ninguna. Tenía que decirlo todo antes de que su marido pudiera sospechar algo.

—Esta noche, a eso de las once, le esperaré junto al acantilado, en la parte norte… ¿Le parece bien?

—Muy bien, señora —dijo Cornel.

—No deje de acudir.

—Claro que no.

—Si por algo me retrasara, espéreme. Con este sillón de ruedas me costará un poco desplazarme hasta allí.

—La esperaré lo que sea necesario.

* * *

—¿Y si se trata de una encerrona? —preguntó Verónica—. ¿No se te ha ocurrido pensarlo?

—Yo lo pienso todo —dijo Cornel—, pero no voy a dejar de acudir, escudándome en esa posible eventualidad. Sería cosa de no acabar nunca con este asunto.

—Sí, claro.

—Llevaré un cuchillo, por si acaso. Es peor que una pistola, pero mejor que no llevar nada.

—¿De dónde lo sacarás? —preguntó.

—¿El cuchillo? Lo tengo ya desde el otro día. Lo quité de la mesa, así que acabé de cenar. Luego lo he afilado, por si en un momento dado interesa que su filo responda bien…

—Te estás metiendo en muchos líos, Cornel —se sofocó la muchacha— y sin necesidad de ninguna clase. Yo de ti, plegaría velas y dejaría que se las arreglara solo el inspector Wilde.

—El inspector Wilde —especificó— necesita ayuda. ¿Cómo no va a necesitarla, si las propias víctimas son las primeras en decir que no hay culpable? ¡Todos dicen que han sido esas plantas! ¡Todos se amparan, se protegen bajo la misma mentira!

—Resulta incomprensible, ¿verdad? —Y seguidamente—: ¿Y si yo, de un modo puramente confidencial, le preguntara a tía Ágata? ¿No sería, quizá, una buena solución?

—Creo que sí. Pero de todos modos, eso lo dejaremos para más adelante De momento, estoy pendiente de lo que pueda decirme Doris… Es una joven que no teme a nada ni a nadie… Una persona así necesito yo… Los demás —resumió— están ya muertos de miedo antes de que les maten…

—Ha muerto la hija menor de la tabernera y el chicuelo aquél, y otros han quedado sin ojos, ciegos… ¿Crees que un mismo motivo, induce al asesino…?

—No sé. Es difícil saberlo. Los ciegos no quieren hablar y los muertos, no pueden hacerlo.

CAPÍTULO X

COMO aquel otro día, así que Cornel Adder acompañó a la muchacha a casa de su tía Ágata, de regreso nuevamente hacia la taberna, se encontró con Bárbara. Que ahora, lo mismo que en anterior ocasión, vestía pantalones anchos y un jersey que le ceñía muy descaradamente.

—No debiera ni saludarle —le miró como si le aborreciera.

—Tiene toda la razón del mundo —contestó Cornel—. Me porté con usted de un modo realmente improcedente. Pero me va a perdonar, ¿verdad que sí?

—Está acostumbrado a que las mujeres se lo perdonen todo, ¿no es eso?

—Estoy mal acostumbrado, lo confieso —sonrió—. Las mujeres me tienen muy mimado. Pero no se trata de eso… Le aseguro que si falté a la cita, no fue por falta de ganas. Tuve que acudir a otro lugar. Cuestión de fuerza mayor.

—Me gustaría creerle… —empezó a suavizar su expresión—. Nada me gustaría más, puede darlo por seguro…

—Pues créame, y se ajustará a los hechos.

—Espero que me lo ratifique con algo más que con palabras —y ya sin enfado, colgándose de su brazo—: ¿Vendrá esta noche a mi casa…?

—¿Esta noche? —Torció el gesto—. ¡Oh, cuánto lo lamento, pero me va a resultar enteramente imposible!

—¿Cómo, de nuevo otra cuestión de fuerza mayor? —Se amoscó. Luego había de añadir—: Si no le seduce la idea de hacerme una visita, será mejor que me lo diga.

—Yo no digo tonterías.

—Pues a las pruebas me remito. Si no quiso venir la otra noche y tampoco quiere venir ésta…

—No es que no quiera —puntualizó Cornel— es que,

lamentándolo mucho, no puedo. Tengo otra cita, que en modo alguno puedo postergar.

—¿Con una mujer? —Se le vio celosa.

—Sí… —reconoció Cornel—, pero no sea mal pensada. Es otra cuestión la que me lleva a su presencia.

—Me esforzaré por creerle. Entonces, ¿mañana…? —Le miró con dulces promesas en sus ojos—. ¿Mañana sin falta?

—De acuerdo —dijo Cornel.

—Con otro hombre no hubiera insistido tanto —seguía colgada de su brazo—, pero yo sé diferenciar, y sé quién verdaderamente vale o no la pena…

—Yo creía —quiso, sobre la marcha, indagar todo lo posible— que a usted, quien verdaderamente le interesaba, era el señor Wettersson.

—Y me interesa, aunque en otro plan… A propósito, no se lo he dicho todavía. Estoy invitada a ir allí.

—¿Adónde es allí?

—A la mansión de la colina.

—¿La ha invitado el señor de Wettersson? —preguntó Cornel.

—Sí.

—¿Quiere un consejo? No vaya.

—¿Intenta hacerme reír…? ¿Yo rechazar la invitación de un hombre tan rico como ése? Tendría que estar rematadamente loca.

—El rematadamente loco es él.

—Eso dicen…

—¿No se lo cree?

—Supongo que la cosa no llegará a tanto…

—De ello que, la idea de casarse con él, le resulte tentadora, ¿no es cierto?

—Se lo confesé el día que nos conocimos, ¿ya no lo recuerda? Busco a un hombre rico. Como usted no lo es…

—No, no. Sólo tengo un apartamento sencillo en una estrecha calle de Londres, un coche a plazos y…

—… y apenas veinte libras en el bolsillo del pantalón —concluyó Bárbara, demostrándole que recordaba bien las palabras que el joven le dijera en el autocar.

—Exacto.

—Dese cuenta, de eso a rico hay un gran trecho. Pero como

periodista… —agregó— ganaría unas buenas libras si consiguiera esclarecer todo este sucio asunto de por aquí…

—Por lo que veo —ironizó Cornel— no soy el único en darme cuenta de que algo en Barren-Rotts huele mal.

—Apesta. Pero yo… —vaciló unos segundos—, voy a limitarme a vender mi casa y luego me iré de aquí sin buscarme más complicaciones. Saber no darse cuenta de nada, es a veces muy bueno para la salud.

—De lo que se desprende, que usted se ha dado cuenta de algo. O que al menos, así lo supone.

—Es posible.

—¿No quiere sincerarse conmigo?

—No.

—¿Por qué no?

—Se lo he dicho ya… No quiero buscarme complicaciones. Quiero morir en la cama.

—Tal vez sea un deseo lógico y en consecuencia una medida prudente —convino Cornel—. No le puedo reprochar que piense así. Pero, oiga, habla de irse de aquí así que pueda… Eso no encaja con su deseo de cazar, bien cazado, al señor de Wettersson…

—Si pudiera cazarle de la forma a que usted alude, me quedaría, ¡oh, sí! Por una gran fortuna, yo me atrevería a correr todos los riesgos de este mundo, y hasta del otro.

CAPÍTULO XI

CORNEL ADDER había mirado hacia el cielo, hacia lo alto, una docena de veces. Deseaba que el cielo se aclarara y que dejara de amenazar tormenta.

Pero había sucedido todo lo contrario, y la bóveda celeste se había ido oscureciendo, encapotándose cada vez más. Y tras la llamarada vivísima, fulgurante, casi cegadora de un rayo, empezó una lluvia verdaderamente torrencial.

Y la lluvia persistió a través de las horas. Las nueve, las diez, las once, las doce…

Cornel Adder, envuelto en un impermeable del que se había subido el cuello, y con un sombrero de lona cubriéndole la cabeza, dos prendas por las que ahora chorreaba el agua, permanecía en lo alto del acantilado. Exactamente en la parte norte, donde había quedado citado con la paralítica.

Pero ya empezaba a descorazonarse. No acudiría. No podía acudir con aquella noche de mil diablos. Tenía que haberlo presumido.

Sin embargo, sabía que dependía tanto de aquella entrevista, que había querido hacerse a la idea de que Doris, a pesar de la lluvia, de la tormenta, y de todos los inconvenientes que pudieran surgir, fueran de una u otra índole, acudiría allí. Sí, había querido hacerse a la idea de que Doris acudiría allí aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

Sin embargo, se había equivocado. Desgraciadamente era así.

¿O acaso no…?

Acababa de oír un ruido. El chirriar de unas ruedas, muy cerca de donde él se hallaba… ¡Sí, allí estaba la paralítica! A través de la oscuridad la vio acercarse poco a poco, moviendo con bastante esfuerzo las ruedas de su sillón. Llevaba un impermeable con capucha, bajo el cual su rostro aparecía impávido.

Cornel Adder se apresuró a ir a su encuentro. El terreno cada vez se hacía más difícil para ella.

—Buenas noches.

—No he podido venir antes… —dijo Doris—. ¡Vaya noche, esto parece un diluvio! Pero ya estoy aquí, es lo importante.

—Será mejor que nos resguardemos en alguna parte… —dijo Cornel.

—No, no —aseguró— es preferible que hablemos aquí y no perdamos tiempo. A mí no me importa.

—Lo que usted prefiera, señora.

—Mire, le diré lo que sé… —repuso Doris, pues quería ir directamente al asunto que allí le había llevado—. Sé muchas cosas… Aunque claro, posiblemente no tantas como usted quisiera…

—La escucho con suma atención.

—Yo tuve en mis manos aquellos planos… Los planos del lugar de este acantilado, donde, exactamente, fue arrojado hace muchos años el cofre lleno de monedas de oro… No he llegado nunca a saber, ni a comprender, cómo, ni por qué, ni por dónde, aparecieron aquel día mientras mi marido y yo, y nuestros amigos, estábamos jugando a las cartas…

—¿Qué amigos? —preguntó Cornel—. ¿Los conozco yo?

—Anne, la hija mayor de la tabernera —enumeró—. Ágata, la tía de esa muchacha rubia que usted conoce. Y ocho hombres, cuyos nombres ahora no le dirían nada.

—Prosiga, por favor.

—Pues sí, los planos aparecieron allí… Y todos los mirarnos, estudiándolos y emborrachándonos en la súbita ambición que desbordó nuestras almas…

La lluvia seguía cayendo.

Doris agachaba la cabeza para resguardar su rostro del agua. Pero las palabras seguían saliendo de sus labios.

—Decidimos buscar el cofre. Unos conducirían y remarían en la barca, y colaborarían en lo que pudieran. Los demás bucearían. Algunos sabían hacerlo magníficamente, por eso no había de quedar el asunto. Y sí, pronto dimos con el tesoro, aunque se hallaba a una profundidad verdaderamente escalofriante. Abreviando, unos días después, el tesoro había sido rescatado del fondo de las aguas…

Entonces decidimos repartirlo en partes iguales, sin decir nada a nadie más. Sería un secreto entre nosotros. Pero aquel mismo día recibimos una carta… Una carta escrita con tinta especial, que al poco de ser leída, se borró por completo. Pero ninguno de nosotros ha olvidado lo que allí decía.

—¿Qué decía? —preguntó Cornel.

—Que las monedas de oro metidas en pequeños sacos, debíamos dejarlas en una gruta que existe… Bueno, por una grieta que hay en el acantilado, se llega a una pequeña cala… Allí, en la cala, es donde existe, medio escondida, esa gruta… Pues bien, en dicho lugar debíamos dejar las monedas de oro… Cada uno podía reservarse para sí cincuenta piezas, pero ni una más. Debíamos obedecer sus órdenes en un máximo de treinta días… De no hacerlo así, lo lamentaríamos una y mil veces… ¡Nos sacaría los ojos!

Se interrumpió brevemente.

Continuó:

—¡Nos sacaría los ojos uno a uno, hasta que todos quedáramos ciegos! Por lo demás, desdichados de nosotros si decíamos a alguien lo que realmente nos había sucedido. Deberíamos decir que habían sido las plantas del fondo del acantilado las causantes de nuestra desgracia… Que eran plantas carnívoras y que habíamos ido allí a buscar el tesoro aquel… Una mera quimera, pues en realidad no habíamos encontrado nada… Si desobedecíamos, si hablábamos demasiado, todos nosotros moriríamos… Uno tras otro, implacablemente… Nuestros cadáveres aparecerían entre charcos de sangre…

Otra pausa.

—No, no quisimos renunciar a la fortuna conseguida. Cincuenta piezas de oro por persona, era demasiado poco después de haber visto el cofre a rebosar… Y dese cuenta, la amenaza ha caído de forma diabólica, demencial, aterradora, monstruosa, sobre nosotros… Ninguno ha podido evitarlo… El asesino surge de pronto, en el instante más inesperado, con una fuerza brutal, con un puñal en la mano… Actualmente, todos están ya dispuestos a ceder… El miedo, el espanto, el horror, les agarrota el ánimo, el corazón, incluso el alma… Unos por salvar los ojos que aún tienen y los otros por miedo a ser asesinados… Pero a mí, a mí —concluyó— me da lo mismo lo que me pueda suceder…

—¿Esto es todo? —preguntó Cornel.

—Hay aún algo más…

Pero Doris se interrumpió. Tenía el oído muy fino y había captado, a través del incesante chapoteo de la lluvia una respiración. Que no era la de Cornel Adder.

Éste también se había dado cuenta de que alguien más estaba allí, muy cerca de ellos, amparándose sigilosamente, alevosamente, entre la oscuridad de la noche.

Todo fue en realidad cosa de brevísimos segundos.

De repente, un puñal apareció en lo alto, dispuesto a clavarse en el pecho del joven periodista. Un puñal que sujetaba muy fuerte una mano enguantada.

—¡Cuidado! —exclamó Doris.

Cornel Adder acertó a esquivar el golpe. Resultó una verdadera proeza por su parte, por lo que de rápida, frenética y endemoniada tuvo aquella acometida.

Después, miró hacia su enemigo. Sólo era una mancha negra, que cubría su rostro con un pasamontañas de color gris.

¡Pero lo tenía frente a sí y no iba a dejarle marchar! Tenía que averiguar su identidad. Y lo averiguaría. Por mucho puñal que llevara o por mucha pistola que sacara a relucir. Esa oportunidad no se la perdería. La había estado esperando.

Es lo que Cornel pensaba. A lo que estaba firmemente decidido. Pero en aquel preciso instante, apenas esquivado el golpe inicial del asesino, éste dio un brinco hacia el sillón de ruedas de la paralítica y con todas sus fuerzas, que eran muchas, lo empujó de forma furibunda hacia el precipicio.

Y Cornel, viendo que el sillón se precipitaba hacia el abismo, a pesar de que Doris intentaba frenar la enloquecida marcha de las ruedas, ya no pudo cifrar ni limitar su atención en el asesino. Lo primero era salvar a Doris, o al menos intentarlo.

Desgraciadamente, el sillón de ruedas llegó al abismo antes de que la mano de Cornel Adder pudiera sujetarlo. Se precipitó en el vacío, desapareciendo entre las aguas. Un «cloc…, cloc…» del mar fue todo. No hubo más.

Para entonces, el asesino había va huido. Ya era tarde para buscarle. Tanto como podía serlo para encontrar con vida a Doris.

Pero lo más espeluznante de todo aquello fue que Doris no

profirió ni un solo grito.

Pudo haber lanzado un alarido largo como el siniestro recorrido que hizo. Pudo lanzar un chillido desgarrador mientras iba, lo sabía, hacia una muerte cierta.

Pero no gritó.

Su silencio fue total, absoluto.

Tal vez no quiso recrear los oídos de su asesino.

* * *

Regresó bajo la lluvia.

Ésta no decrecía, aunque el cielo se había aclarado bastante. Sobre todo en lo alto de la colina, donde ahora podía vislumbrarse cierta claridad. Debido a esto se perfilaba relativamente bien la silueta de la mansión de los Wettersson.

Cornel topó con el inspector Wilde, que le llamó desde el interior de su pequeño coche. Achicaba los ojos a través de sus lentes de miope, sin duda para verle mejor.

—Acérquese, por favor.

—¡Ah!, es usted, inspector. Buenas noches.

—Me han dicho que Doris, la paralítica —le dijo— ha salido de su casa bajo esta endemoniada lluvia… Aseguran que se ha dirigido hacia el acantilado… ¿La ha visto usted, señor Adder, que al parecer viene de por ahí…?

—Sí —corroboró el joven—, la he visto. Incluso he estado hablando con ella. Pero alguien, de pronto, ha precipitado su sillón de ruedas hacia el acantilado, hacia el precipicio… Ha caído, yo no he podido evitarlo, y el mar se la ha tragado… No, no sé quién ha sido… —Crispaba las mandíbulas, apretaba los puños—. Sólo puedo decirle que llevaba el rostro cubierto con un pasamontañas.

—¿Con un pasamontañas? —inquirió.

—Sí.

—Otra muerte —el inspector Wilde se frotó el mentón—. Primero Margaret, la hija menor de la tabernera, después el chicuelo que se encontró en la cala… Ahora esa pobre mujer… Suba al coche —le ofreció—, cambiaremos impresiones. No, no desestimo lo que pueda usted decirme, los periodistas suelen tener la mente lúcida.

—Gracias.

Ya en el interior del vehículo.

—¿Sospecha de alguien, señor Adder?

—Sí… —reconoció.

—¿De quién? —quiso saber.

—Para darle su nombre, tengo que estar más seguro. Aún no lo estoy del todo.

—Sospecha del señor de Wettersson, ¿no es eso? —preguntó—. Sabe que no está del todo cuerdo y…

—Cuando le diga quién es el asesino —repuso Cornel Adder— podrá usted detenerle, ya sin lugar a dudas. Pero hasta entonces, se lo ruego, permítame que me abstenga…

—Si me ayuda a mí —dijo el inspector Wilde—, yo podría ayudarle a usted. ¿O acaso se imagina que es un superhombre y que el asesino no va a poder con usted?

—Desde luego —afirmó—, no va a poder. Me he empeñado en desenmascararle y me saldré con la mía. No dejaré Barren-Rotts hasta que lo haya conseguido.

—Está muy seguro de sí mismo.

—Siempre lo estoy.

—Si le matan, dejará de estarlo.

—Pero no van a matarme, tengo la piel muy dura… Tanto, que si el asesino intenta apuñalarme, se romperá la hoja…

—Su sentido del humor no termina de convencerme.

—No me extraña —reconoció Cornel Adder—. A mí tampoco.

CAPÍTULO XII

SE dirigió hacia la casa de Bárbara. Le había prometido que iría.

Era una casa parecida a muchas otras de la localidad. Sólo tenía una particularidad, la de estar mejor cuidada, recién pintadas sus cuatro fachadas.

Cuando Cornel llegó allí, vio la puerta entreabierta. Lo que, como es lógico, le sorprendió un poco.

También le inquietó… Por Bárbara, claro. ¿Le habría sucedido algo? Sucedían tantas cosas en Barren-Rotts…

Pero pronto había de tranquilizarse. Así que se adentró en la casa y seguidamente en la primera pieza, reparó en Bárbara, que se hallaba echada en un diván, enseñando sus preciosas piernas, fumando un cigarrillo.

El humo del cigarrillo subía hasta el techo…

Sin embargo, así que dio dos pasos más, Cornel sufrió una violenta contracción. Acababa de darse cuenta de la terrible realidad. Bárbara estaba muerta.

Se precipitó hacia ella. La vio con un puñal clavado en el corazón. Clavado hasta la misma empuñadura. La sangre había brotado hasta formar un charco sobre el suelo.

Sin embargo, el asesino acababa de irse de allí. ¿Cuántos minutos, segundos, haría de eso…? Muy pocos. De lo contrario no seguiría sacando humo el cigarrillo.

Un cigarrillo que colgaba entre unos labios blancos, lívidos, que ya no sonreirían más. Los ojos estaban abiertos, y demostraban un terror inconmensurable.

Cornel hubiera salido de la casa, intentando dar con el asesino, que lógicamente no podía andar muy lejos. Pero oyó que alguien se acercaba. Maquinalmente retrocedió, quedando tras una cortina.

Era el señor de Wettersson quien se acercaba. Quien, por un instante, pareció intuir que allí había alguien más. Pero su

impresión debió de ser muy leve, pues siguió adelante, ya sin sospechar nada.

Llegó junto al diván.

—Bárbara… —musitó—, estoy verdaderamente arrepentido de haberte tratado como lo hice. ¿No vas a perdonarme? Contéstame, por favor… Ya veo, sigues enfadada…

Bárbara continuaba inmóvil. El cigarrillo seguía quemándose entre sus labios blancos, sin sangre. Sus ojos continuaban fijos en el mismo punto. Su cabellera roja la aureoleaba.

—Te quise obligar a beber… No, no debí hacerlo. Te aseguro que no volveré a hacerlo nunca más —su acento se había hecho sumamente contrito—. Anda, dime que estás dispuesta a olvidarlo todo… Y nos casaremos… Yo quiero que mi regia mansión tenga una dueña como tú… Tú vales más que ninguna…

Bárbara seguía sin contestar. No podía hacerlo, aunque ésa era, pese a todo, la oportunidad que había estado siempre buscando.

—Soy muy rico, a mi lado no te faltará de nada —siguió diciendo el señor de Wettersson—. Antes, hace años, nuestra fortuna era aún mayor… Teníamos un cofre lleno de monedas de oro… Pero si quieres, incluso ese cofre buscaré por ti… Sé dónde fue arrojado… Tengo el plano, donde se señala el lugar exacto… Ahora no sé bien dónde lo guardo, pero ya lo recordaré… De todos modos, sigo siendo muy rico… Contéstame, Bárbara… Deja de fumar y contéstame… —Y con un súbito sobresalto—: ¡Quítate el cigarrillo, que te estás quemando los labios! Pero…, pero… —balbuceó—, ¿qué es lo que hay en el suelo…? ¡Si es sangre! ¡Sangre!

Se acercó a ella y la movió.

El cuerpo de Bárbara se desplomó pesadamente, cayendo sobre aquel líquido rojo que en profusión había salido de sus venas y arterias.

Todo quedó salpicado. Incluso el traje del señor de Wettersson, que echó a correr.

Cornel no se lo impidió.

* * *

—¿Qué puede decirme de la visita que Bárbara hizo ayer a su señor? —Cornel había de tardar poco en hacerle esta pregunta a Leopoldo, el único sirviente de la mansión de la colina.

—¿Qué quiere que le diga…? —Leopoldo se encogió de hombros —. Todo sucedió como siempre.

—¿Como siempre…? —insistió—. ¿Seguro…?

—Nada me sorprendió más que otras veces.

—¿Bárbara se negó a beber en la calavera? —le preguntó.

—Sí.

—¿Qué hizo, entonces, su señor…? —quiso saber.

—Empezó a zarandearla, a golpearla… Yo intervine, rogándole que se calmara, que se lo tomara con serenidad. Lo conseguí, si bien me costó bastante.

—¿Cómo salió Bárbara de la casa? ¿Quién le abrió la puerta? ¿Su propio señor, ya calmado…? —Y de pronto—: ¿O acaso usted…?

Leopoldo torció el gesto. No le gustó, por lo visto, que el joven hubiera deducido eso. Pero bien mirado, él también tenía derecho a pensar un poco en sí mismo.

Así que respondió, mientras su gesto, en medio de su cara carcomida por las llagas purulentas, se suavizaba:

—Se la abrí yo. Le ofrecí mi ayuda, a cambio de que me dejara besarla y acariciarla un poco…

—¿Con la hija de la tabernera sucedió otro tanto? —preguntó Cornel.

—Sí.

—¿Y todas han accedido siempre a lo que usted les pedía?

—Sí —asintió—, aunque le parezca a usted mentira. En ese momento están tan asustadas de la locura de mi señor, y de la calavera, que hasta dejarse besar por mí les parece un mal menor…

—Dígame, y perdone mi indiscreción, ¿con alguna de las mujeres que su señor ha traído aquí ha habido algo más que un beso, algo más que una caricia…?

De esa respuesta dependía todo. Cornel lo sabía. Por eso contenía hasta la respiración.

—Sí —confesó Leopoldo—, hará unos tres meses… Con una lo pasé muy bien… Pero no me pregunte su nombre, no se lo voy a decir.

CAPÍTULO XIII

FUE en busca de Verónica. Tenía precisión de hablar con ella. Los acontecimientos se estaban precipitando.

Pero antes de salir de la taberna, cruzó unas cuantas palabras con Anne, la hija mayor de la dueña, que ahora, vestida de luto, parecía aún más alta y seca que nunca. Incluso sus ojos parecían ahora más abiertos y saltones.

—Regreso a Londres esta misma tarde. Hágame la nota así que pueda.

—Bien, señor —contestó Anne. Y añadió—: Si desea algo de comida para el viaje, me refiero a bocadillos o…

—No, gracias, no es preciso. Muy agradecido de todas formas — y salió del establecimiento sin más.

Ya en presencia de Verónica, optó por no sincerarse con ella. Se limitó a decirla, pues, que tenía que marcharse a Londres, que lamentándolo mucho le resultaba enteramente imposible prolongar su permanencia allí. Pero regresaría en breve plazo, así que le fuera posible.

—Me alegro por ti —dijo la muchacha, a quien, sin embargo, el gesto se le puso muy pesaroso—. Aquí no ibas a ganar nada. Eres demasiado entrometido.

—Quizá tengas razón —y Cornel, acto seguido, se dirigió a tía Ágata—: He tenido mucho gusto en conocerla, señora.

—Lamento que se vaya —dijo ella, y añadió—: Me parece que a mi sobrina no le ha gustado nada saber eso…

—Le he dicho que volveré así que pueda —recordó Cornel.

—Contamos con ello —sonrió tía Ágata—, tanto mi sobrina como yo. No lo olvide.

Poco después, se alejaba de la casa. Verónica había salido a la puerta y ahora le hacía un gesto de despedida.

—Me han dicho que se va —el inspector Wilde le salió al

encuentro, así que entró de nuevo en la taberna—. Creía que estaba dispuesto a colaborar conmigo hasta el final.

—He cambiado de parecer —los ojos del periodista echaron una rápida ojeada a Anne, la hija mayor de la tabernera, que tras la barra servía a un cliente—. Dicen que de sabios es el hacerlo…

—Sí, claro —admitió el inspector Wilde.

Pero se le veía decepcionado.

—De todas maneras, pienso volver —agregó Cornel—. Quién sabe, quizá para entonces el caso esté aún por aclarar.

—No me extrañaría —convino el inspector—, lo veo todo cada vez más confuso.

En efecto, aquella misma tarde Cornel Adder abandonó la localidad de Barren-Rotts, que le despidió con la misma niebla que le había recibido.

Y en fin, ya sin más incidencias dignas de mención, fueron pasando los días.

Uno tras otro.

Como si en realidad ya no fuera a suceder nada más.

* * *

Pero el momento, crucial estaba por llegar. Cornel Adder lo sabía y por eso, en realidad, no se había marchado de allí. Sólo fingió que se iba.

Si el asesino lo había hecho todo por aquel dinero, por aquel oro, no iba a dejarlo en la gruta. Esto resultaba indudable, es evidente.

Si había exigido a los componentes de aquel grupo, tras hacer que en ellos cundiera el pánico, que se lo pusieran allí en pequeños sacos, era porque antes o después se lo iba a llevar todo. Si dilataba el momento de hacerlo, era porque estaba tomando las precauciones precisas. No querría correr riesgos a última hora.

Antes de decidirse a dar el último paso, el asesino tenía que asegurarse de que el inspector Wilde no le vigilaba. Sólo entonces actuaría.

Pero el asesino no contaba con él, con Cornel Adder, que nunca dejaba nada a medias. Cuando el puntillo le pedía algo, no paraba hasta que lo conseguía.

Así pues, Cornel Adder optó por pasarse las noches en la cala, escondido entre las rocas, agudizando el oído, expectante todo él, al

acecho del misterioso visitante…

Sabía que la jugada no podía fallar. Si el oro estaba allí… Y sí estaba, lo había comprobado. También había allí una lancha a motor.

Sólo se trataba, pues, de esperar.

De esperar lo que fuera preciso.

CAPÍTULO XIV

CORNEL oyó que alguien descendía por la grieta. Alguien que debía conocer muy bien el camino, porque no necesitaba más luz que la escasa que bajaba de la bóveda celeste. Además, había bastante niebla. No, nada le inquietaba. Descendía como si tal cosa.

Así que llegó abajo, Cornel agudizó la intensidad de su mirada. Quería verle la cara… Quería ver quién era… ¡Pero el asesino llevaba puesto el pasamontañas! Como siempre. Como si formara ya parte de sí mismo.

Sin más, Cornel pudo lanzarse sobre él. Pero no quiso hacer las cosas a la ligera. ¿Tendría el asesino algún cómplice…? Si era así, quería desenmascararle. Nadie había de quedar impune. Quien la hace debe pagarla.

Se quedó donde estaba, inmóvil, con la respiración contenida. Pendiente, por descontado, de todos los movimientos del asesino.

Éste se introdujo en la gruta, de cuyo interior sacó, arrastrando, la pequeña lancha a motor. Y siguió arrastrándola, hasta dejarla muy cerca del mar. Un mar que se estaba agitando.

Pero bueno, el asesino debía pensar que tendría tiempo sobrado de cargar con el oro y de llevárselo. No iba a necesitar tanto tiempo para ese trabajo.

Empezó a cargar los sacos. Uno a uno, los fue trasladando todos. Hecho lo cual, arrastró un poco más la lancha, ahora necesitando mucho esfuerzo pues pesaba horrores, y la metió en el mar. Después ocupó su interior, dándole al motor.

Y la embarcación, rauda, salió de allí, de la cala, hacia un pequeño islote situado a no muchas millas de la costa. Un islote abandonado.

Todo perfecto.

Bueno, lo hubiera sido a no ser que Cornel Adder permaneciera ahora bajo la lancha, sujeto al saliente de popa, bastándole respirar

de vez en cuando.

Adonde fuera la lancha, iría él. Un método muy sencillo de ir a parar adonde quería.

Ya en el islote, el asesino trasladó los sacos junto a las retorcidas raíces de un viejo árbol, que debió quedar seco y yerto hacía ya muchos años. Allí, junto a esas raíces, había ya preparado un gran agujero. Se dispuso a meter allí el tesoro.

Entonces, ya sin necesidad de más, Cornel Adder comprendió que el asesino no tenía cómplice ninguno, actuaba solo. De haber tenido un cómplice, éste le hubiera ayudado en aquellos momentos, aquella noche.

Ya no tenía sentido, por tanto, seguir sus movimientos. Iba a meter el oro en el agujero, poniendo tierra encima para que nadie pudiera sospechar que el tesoro se hallaba allí. Después, cuando ya nadie en Barren-Rotts se acordara de los crímenes, iría a buscarlo. Entonces sería todo muy fácil y sencillo.

—No es necesario que se dé tanta prisa. Bien mirado, no le va a servir de nada…

Con estas palabras, pronunciadas con un tono firme, potente, Cornel Adder inmovilizó al asesino.

Quien, al poco, se volvió hacia él. Pero no dijo nada. En absoluto. Desde luego, se dispuso a actuar. De ello, qué duda cabe, que sacara a relucir una pistola automática.

—¿Por qué no me contesta? —ironizó Cornel, sin inmutarse ante la presencia de aquel arma—. Esto es una falta de cortesía por su parte. Le creía mejor educado.

El asesino siguió silencioso.

—Ya sé por qué no me contesta —dijo Cornel, tajante—, porque sabe que si lo hace voy a reconocer inmediatamente su voz —y agregó—: Una dulce voz de mujer.

El asesino respingó.

—Sí, una mujer, que a mí no ha podido despistarme. Lo lamento por usted, tía Ágata…

* * *

Saltó por los aires el pasamontañas. Y Ágata, convertida en una fiera, irascible e iracunda, exclamó:

—¡Sí, soy yo!

—Una mujer que de ciega no tiene nada… —repuso Cornel—.

Tardé poco en presentirlo… Sus ojos de vidrio no eran más que simples lentillas. Tras éstas, se ocultaba una visión perfecta…

—Es usted inteligente, Cornel —su furia, poco a poco, se había ido aplacando—. ¡Lástima que sólo vaya a servirle para eso, para morir en mis manos como un vil gusano!

—No me hable de morir —chasqueó la lengua—, me pongo malo. Soy muy miedoso.

—De serlo, no estaría aquí. Le gusta hacerse el gracioso, ¿eh? A pesar de todo —añadió—, voy a matarle.

—No quiera mal a su sobrina. Se llevaría un disgusto muy grande. Está enamorada de mí…

—Como una idiota —y excitándose de nuevo—: ¡Sólo las mujeres idiotas se enamoran! Las que no lo son, saben buscar otras oportunidades…

—¿Como ha hecho usted, sin importarle todos los horrores y las muertes que ha dejado tras sí?

—Lo he hecho por algo que valía la pena.

—Un cofre lleno de monedas de oro.

—Sí.

—El señor Wettersson Ja invitó a su mansión. Como suele invitar a las mujeres que encuentra atractivas… Usted, Ágata, ya no es joven, pero está todavía de buen ver… Debió causarle buena impresión…

—Sí —afirmó con la cabeza.

—Una vez allí, en la mansión —siguió diciendo Cornel Adder, por su tono más afirmando que formulando hipótesis—, el señor Wettersson querría hacerle beber en la calavera. Siempre intenta lo mismo, es su obsesión. Como en otros casos parecidos, Leopoldo, el sirviente, intervendría a su favor y luego le ofrecería dejarla escapar de allí… Y usted, como las demás, a cambio de su ayuda accedería a ser complaciente con él…

—Sí —volvió a decir Ágata.

—Pero usted, por el motivo que fuera, debió enterarse de que allí habían unos planos… Los planos del lugar del acantilado donde, exactamente, el bisabuelo del actual señor de Wettersson arrojó hace años un cofre lleno de monedas de oro. Por lo que pasó por todo, con tal de apropiarse de tales planos.

—Sí… —Silbó Ágata, por tercera vez.

—Leopoldo debía creer que eran falsos esos planos, producto tan sólo de una mente enferma. Pero usted confiaba en que fueran auténticos, y como había sido una buena nadadora y sabía bucear, pensó que le sería fácil rescatar el tesoro, si es que verdaderamente existía, de las profundidades del mar. Y sí, en efecto, allí se hallaba. No tardaría en verlo… No obstante, pronto se había de dar cuenta de que el cofre se hallaba a una profundidad verdaderamente escalofriante y de que usted, por más que lo intentara, jamás lograría llegar hasta allí.

—Exactamente… —Corroboró una vez más Ágata.

—¿Qué se le ocurrió entonces? Llevar los planos a casa de Doris, la paralítica, y dejarlo allí a la primera distracción de unos y otros… Sabía que varios de aquellos amigos eran magníficos buceadores y ellos sí podrían llegar, y llegarían, hasta el tesoro. Pero, claro, su ambición era desmedida, se había desbordado demencialmente dentro de su propio yo… No podía bastarle con la parte que intentaron adjudicarle, simplemente como una más del grupo… Les escribió aquella carta… Una carta que, a pesar de sus términos horribles, monstruosos, no consiguió asustarles lo suficiente… Entonces tuvo que intervenir, tal como había dicho que haría… No había otro modo de que entre ellos cundiera el pánico y obedecieran sus órdenes… No había otro modo, ni forma, de verles dominados por el miedo, por el pánico, por el horror…

—Pero al final lo conseguí —se rió tía Ágata—. Para eso fue suficiente sorprender a varios de ellos, uno a uno, claro, en el lugar que menos podían esperarlo, y arrancarles los ojos… Lo importante era dar con rapidez la primera punzada, luego el dolor de la víctima lo hacía todo sencillo para mí; bueno, para la persona que se escondía tras el pasamontañas de lana… No, no imaginaban quién pudiera ser… ¿Cómo iban a imaginarlo, si a mí me creían una de las primeras víctimas…? Sólo que yo, por ser mujer, no quería llevar las cuencas vacías, huecas, y me había puesto ojos postizos… Sí, es lo que ellos creían…

—Sí, claro —asintió Cornel Adder.

—De todas maneras —dijo Ágata—, no ha sido sencillo el camino a recorrer. Principalmente por su causa, señor Adder… De buenas a primeras, ya tuve la mala suerte de que viera, a través de la ventanilla del autocar, lo que no debió ver… Obligándome, a

toda prisa, a borrar las señales de sangre, para hacer creer a los demás que nada había sucedido… Por eso, porque vio demasiado, decidí eliminarle. Era peligroso que quisiera hablar más de la cuenta.

—Y para evitarlo —prosiguió Cornel—, entró en la taberna dispuesta a matar a la persona que ocupara aquella improvisada cama… Sabía que todas las habitaciones habían sido reservadas con antelación, así que yo sólo podía estar allí… Pero Margaret, la hija menor de la tabernera, me había cedido su cuarto, por lo que la mató a ella por mí… Cuando debió darse cuenta de su equivocación, ya no podía quedarse a medias, debía rematar su trabajo…

—Así fue —asintió—, no podía ya quedarme a medias. Como tampoco podía dejar de estar profundamente contrariada, ante el hecho de que mi sobrina, debido a su intervención, señor Adder, hubiera vuelto a mi lado. Yo quería estar sola, para mejor poder desenvolverme.

—¿Y el chicuelo aquel…? —inquirió.

—Le dio por juguetear por la cala, y temí que hubiera podido reconocerme. Para evitar complicaciones, opté por eliminarle. Quería, lo más liso posible, el camino hacia este maravilloso tesoro…

—Y Doris, ¿por qué…?

—Es fácil de deducir, ¿no? Sabía demasiado, y de su cita con usted no podía surgir nada bueno para mí.

—Pero ¿por qué mató a Bárbara? —quiso saber—. Ella no tenía nada que ver con todo eso. Ella quería vender su casa y…

—El señor de Wettersson la invitó a su mansión. Una más a vivir esa experiencia… Pero no, Bárbara no era una más. Ambicionaba el dinero tanto como podía ambicionarlo yo. Si hablaba con Leopoldo y éste le hacía referencia a los planos del acantilado, al tesoro, todo podía complicarse lamentablemente…

—Y una muerte más.

—Sí… Además —agregó—, no me gustaba cómo Bárbara me miraba. Apenas nos conocíamos, ésta es la verdad, pero cada vez que coincidíamos, me observaba como si, por lo que fuera, sospechara que mi ceguera era falsa…

—Quizá sí lo sospechaba —convino Cornel.

—¡Y sí, la maté! —exclamó Ágata—. ¡Y no me arrepiento! ¡Todo me parece poco por la felicidad de llegar a esto!

—Lástima que hasta el último instante haya intervenido yo, ¿verdad? He estropeado sus planes.

—Los hubiera estropeado… —corrigió Ágata—, si yo no tuviera ahora esta pistola en la mano. Pero la tengo, y está cargada.

—¿Con cuántas balas? —Y casi puede decirse que se le rió en las narices.

—Ocho —le desafió Ágata—. ¿Le parecen pocas?

—Sí, francamente.

—Intenta desconcertarme, ¿eh?

Le había adivinado la idea, el pensamiento. Ágata no tenía nada de tonta.

Pero Cornel Adder tampoco tenía nada de idiota. Y lo hubiera sido, de seguir allí, ante la boca de aquella pistola, cuando ya el dedo de la asesina iniciaba un gesto de presión.

Saltó como un auténtico felino hacia adelante, esquivando la bala que ya salía, y cayó implacablemente sobre las piernas de Ágata, derrumbándola al suelo antes de que ella tuviera tiempo, ni ocasión, de afinar de nuevo su puntería.

Ante lo brusco de la caída, la pistola se escapó de su mano y entonces Cornel, de una patada, lanzó el arma lo más lejos posible. Pero ya para entonces, Ágata se había puesto en pie y había sacado un puñal, que esgrimió con fuerza demoníaca.

Y ahora fue ella la que saltó hacia adelante. Con tal ira y exasperación, violencia y frenesí, que Cornel emprendió que aquella mujer era más peligrosa que un hombre.

—¡Te mataré! —Se puso a rugir furiosamente—. ¡Te dejaré inmóvil en medio de un charco de sangre! ¡Tú te lo has buscado!

Cornel Adder, en un principio, se limitó a rechazar sus ataques, que en honor a la verdad de peligrosísimos lo tenían todo. ¡Había tanta fiereza e irascibilidad, odio y delirio en todas y cada una de sus acometidas! Parecían guiadas, más que por una persona humana, por un ser diabólico, satánico. Por alguien que, realmente, fuera de otro mundo.

Pero Cornel quería seguir en éste, así que comprendió que tenía que aprovechar la primera oportunidad. Antes de que Ágata aprovechara la suya.

Así que., de pronto, consiguió sujetar por la muñeca la mano que esgrimía la afilada hoja, y descargó, ya sin más, un furibundo puñetazo en el mentón de ella. Todo en un breve segundo.

Ágata se derrumbó hacia atrás.

Ahí, en el suelo, quedó inmóvil.

Tenía para rato.

Cornel Adder conocía la contundencia de sus puños, así que ya lo sabía.

—Asunto concluido, tía Ágata —murmuró—. No has tenido suerte al topar conmigo. Soy un hueso difícil de roer.

CAPÍTULO XV

OYÓ que se acercaba una embarcación. Comprendió que era el inspector Wilde quien acudía en su ayuda.

Al poco, Verónica le decía:

—Cuando me dijiste que te ibas a Londres, no te creí. Tan segura estaba que te llevabas algo entre manos, que fui a prevenir al inspector… No quería que te arriesgaras demasiado… No quería que te sucediera nada malo… Además —reconoció—, sin saber exactamente por qué, lo cierto es que empezaba a sentirme incómoda ante tía Ágata… Deduje, pues, que quizá no me habías prevenido para…

—Sí —dijo Cornel—, por eso no te previne. Para que siguieras comportándote con naturalidad y para que ella no llegara a sospechar de nosotros. Había que cogerla con las manos metidas en la masa.

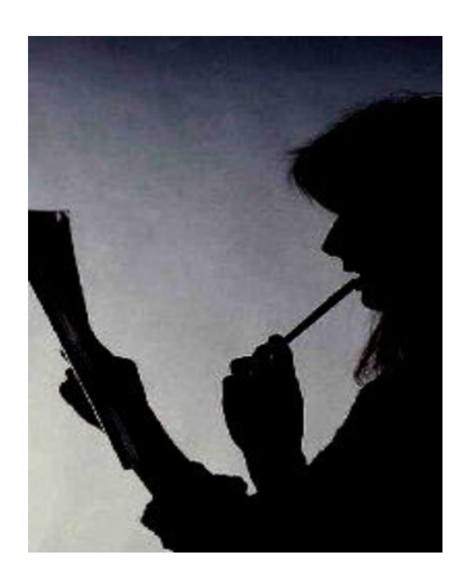
—Ha sido horrible, Cornel.

—Sí, francamente. Pero yo he conseguido lo que me proponía, las primicias de unos, reportajes verdaderamente sensacionales. Voy a tener muy contento a mi director.

—Quizá te suba el sueldo.

—Seguro que sí, y no me vendrá mal. Voy a necesitarlo… Me voy a casar contigo… —Y riéndose—: ¿Creías que se me había olvidado? ¡Ah, no!

FIN



Seudónimo bajo el que publicó sus novelas de temática policíaca y de terror Isabel Irigaray Echevarri, en sus novelas «femeninas» utilizaba su nombre y primer apellido.